

0321 32 Tercera Parte Cap Tulos Xxi
Al Xxii Anna Kar Nina

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Julia McCormick (Torrance)** - - - - XXI. —Vengo a buscarte. ¡Cuánto te has demorado hoy con la colada! —dijo Petritski—. Entonces, ¿ya has terminado? —Sí—respondió Vronski, sonriendo sólo con los ojos y retorciéndose con mucho cuidado las guías del bigote, como si después de haber puesto en orden sus asuntos cualquier movimiento demasiado brusco e impetuoso pudiera destruirlo. —Cada vez que te ocupas de esa tarea, es como si tomaras un baño —dijo Petritski—. Vengo de casa de Gritska —así llamaban al comandante del regimiento—. Te están esperando. Vronski miraba a su compañero sin responderle. Su pensamiento estaba en otra parte. — ¿Es en su casa donde están tocando música? —preguntó, prestando oídos a los conocidos sonos de las trompetas, que interpretaban polcas y vales—. ¿Qué es lo que están celebrando? —Ha llegado Serpujovski. — ¡Ah! —exclamó Vronski—. No tenía ni idea. Sus ojos risueños brillaron aún más. Una vez que había decidido que era feliz con su amor, al que sacrificaba su ambición —o al menos, una vez que había aceptado desempeñar ese papel—, Vronski ya no podía sentir envidia de Serpujovski ni tampoco despecho porque no lo hubiera visitado primero a él. Serpujovski era un buen amigo y se alegraba de su éxito. Diomin, el comandante del regimiento, ocupaba una gran casa señorial. Todos los invitados se habían reunido en la amplia terraza de la planta baja. Lo primero que llamó la atención de Vronski al entrar en el patio fueron los cantores, vestidos con guerreras blancas, al lado de un barril de vodka, y la figura robusta y jovial del comandante del regimiento, rodeado de oficiales. Con un pie en el primer peldaño de la terraza, daba instrucciones con voz tonante, que resonaba con más fuerza aún que la cuadrilla de Offënbach interpretada por la banda, y hacía gestos a unos soldados que estaban algo apartados. Un grupo de soldados, un sargento y varios suboficiales se acercaron a la terraza al mismo tiempo que Vronski. El coronel volvió a la mesa, salió de nuevo a la escalinata con una copa en la mano y propuso un brindis: — ¡A la salud de nuestro antiguo compañero e intrépido general, el príncipe Serpujovski! ¡Hurra! Después del comandante salió Serpujovski, sonriente y con una copa en la mano. —Cada día estás más joven, Bondarenko —le dijo a un sargento de caballería que estaba delante de él, hombre apuesto, de mejillas sonrosadas, reenganchado al servicio. Hacía tres años que Vronski no veía a Serpujovski. Tenía un aspecto más viril, se había dejado crecer las patillas, pero no había perdido su gallardía, con esos rasgos y esa figura que sorprendían, más que por su apostura, por su dulzura y nobleza. Vronski sólo advirtió un cambio: el brillo sereno y constante que irradian los rostros de los que han triunfado y están seguros de que los demás reconocen su éxito. Vronski conocía ese brillo y lo descubrió en seguida en el rostro de Serpujovski. Al bajar por la escalera, Serpujovski le vio. Una alegre sonrisa iluminó su rostro. Le saludó con la cabeza y levantó la copa, dándole a entender con ese gesto que tenía que acercarse primero al sargento de caballería, quien, estirándose, alargaba los labios para darle un beso. — ¡Por fin has llegado! —exclamó el comandante del regimiento—. Yashvín me había dicho que estabas de mal humor. Serpujovski besó los frescos y húmedos labios del apuesto sargento y, después de secarse con un pañuelo, se acercó a Vronski. — ¡Cuánto me alegro! —dijo, estrechándole la mano y llevándosele aparte. — ¡Ocupese de él! —le gritó a Yashvín el comandante del regimiento, señalándole a Vronski, y bajó para reunirse con los soldados. — ¿Por qué no fuiste ayer a las carreras? Esperaba verte allí —dijo Vronski, examinando a Serpujovski. —El caso es que fui, pero llegué tarde. Perdóname un momento —añadió, y se dirigió al ayudante—. Haga el favor de distribuir esto entre la tropa. A lo que toque por cabeza. Y, ruborizándose, sacó apresuradamente de la cartera tres billetes de cien rublos. —Vronski, ¿quieres beber algo? —preguntó Yashvín—. ¡Eh, tráele algo de comer al conde! Y aquí tienes una copa. La fiesta en casa del comandante del regimiento se prolongó bastante. Bebieron mucho. Lanzaron al aire y mantearon primero a Serpujovski y luego al comandante del regimiento. A continuación, este último bailó con Petritski delante de los cantores. Por último, Diomin, un tanto fatigado, se sentó en un banco del patio y trató de demostrar a Yashvín la

superioridad de Rusia sobre Prusia, sobre todo en las cargas de caballería. Por un momento la fiesta se calmó. Serpujovski entró un instante en la casa para lavarse las manos y se encontró allí con Vronski, que se había quitado la guerrera y se estaba refrescando, friccionándose el cuello colorado y peludo, que había puesto bajo el chorro de agua, y también la cabeza. Cuando terminó, se sentó en un pequeño sofá, al lado de Serpujovski, y los dos amigos entablaron una conversación muy interesante para ambos. —Mi mujer me ha puesto al corriente de todas tus andanzas —dijo Serpujovski—. Me alegro de que la hayas visitado a menudo. —Varia y ella, que son muy amigas, son las dos únicas mujeres de San Petersburgo con las que me encuentro a gusto —respondió Vronski con una sonrisa, previendo el giro que iba a tomar la conversación, algo que no le desagradaba. — ¿Las únicas? —replicó Serpujovski, sonriendo a su vez. —Yo también he sabido de ti, y no sólo por tu mujer —dijo Vronski con expresión severa, como si quisiera poner coto a esas alusiones—. Me alegré mucho de tu triunfo, aunque no me sorprendió lo más mínimo. Esperaba incluso más. Serpujovski sonrió. Era evidente que le halagaba la opinión que su amigo tenía de él y que no consideraba necesario disimularlo. —Pues si te soy sincero, yo esperaba menos. Pero estoy contento, muy contento. La ambición es mi mayor debilidad, lo reconozco. —Tal vez no lo reconocerías si no hubieras tenido éxito —observó Vronski. —No creo —contestó Serpujovski, volviendo a sonreír—. No pretendo decir que la vida no merezca la pena sin ambición, pero sería aburrida. Naturalmente, puedo estar equivocado, pero me parece que tengo ciertas cualidades para la actividad que he elegido, y que si algún día dispongo de cierto poder, ya sea grande o pequeño, estará mejor en mis manos que en las de muchos otros —añadió Serpujovski, a quien la conciencia de su triunfo parecía dotar de una suerte de resplandor—. Por eso, cuanto más me acerco a ese objetivo, más satisfecho estoy. —Puede que eso sea así para ti, pero no para todo el mundo. Yo también pensaba como tú, pero me he dado cuenta de que hay otras cosas en la vida —dijo Vronski. — ¡Claro, claro! —exclamó Serpujovski, riéndose—. Como te he dicho antes, estoy al corriente de tus andanzas. Me he enterado de que has rechazado un puesto... Naturalmente, no censuro tu proceder. Pero las cosas hay que hacerlas de cierta manera. Y, aunque creo que no se te puede reprochar nada, te equivocaste en las formas. —A lo hecho, pecho. Ya sabes que nunca me arrepiento de nada. Además, estoy bien así. —Sí, por el momento. Pero no te bastará sólo con eso. A tu hermano no se me ocurriría hablarle así. Es un buen muchacho, como nuestro anfitrión. ¡Ahí lo tienes! —añadió, prestando oídos a los gritos de «¡hurra!»—. Es feliz con esta vida. Pero a ti no puede satisfacerte. —No he dicho que me satisfaga. —Y no se trata sólo de eso. Las personas como tú son necesarias. — ¿Para quién? — ¿Para quién? Para la sociedad. Rusia necesita hombres, necesita un partido. En caso contrario, todo se irá a pique. — ¿A qué te refieres? ¿Al partido que ha formado Berténev para oponerse a los comunistas rusos? —No —dijo Serpujovski, frunciendo el ceño, molesto de que su amigo le hubiera creído capaz de tamaña estupidez—. Todo eso no es más que una farsa. Eso ha existido siempre y siempre existirá. No hay tales comunistas. Pero los intrigantes siempre tienen que inventarse un partido peligroso y dañino. Es algo tan viejo como el mundo. No, se necesita un partido capaz de llevar al poder a hombres independientes, como tú y como yo. —Pero ¿por qué? —Vronski nombró a algunas de las personas que ejercían el poder—. ¿Acaso no son ellos también personas independientes? —No, porque no tienen o no han tenido desde su nacimiento nombre alguno ni medios de fortuna, porque no han estado nunca tan cerca del sol como nosotros. Se les puede comprar con dinero o con prebendas. Y para conservar su puesto tienen que inventarse una orientación política. Por eso proponen ideas y programas en los que no creen ni ellos mismos y que causan grandes perjuicios. No son más que pretextos para asegurarse una vivienda oficial y un sueldo. La cosa no tiene tanto misterio cuando se da uno cuenta de su juego. Puede que yo sea peor y más tonto que ellos, aunque no veo por qué razón. Pero tanto tú como yo gozamos de una importante ventaja: a nosotros es más difícil comprarnos. Y esa clase de personas es más necesaria que nunca. Vronski escuchaba con atención, pero no era tanto el sentido de las palabras lo que le atraía como la manera que tenía Serpujovski de encarar la cuestión: ya se veía peleando por el poder y se había creado sus simpatías y antipatías en las altas esferas. Para él, en cambio, no había más horizonte que los intereses de su escuadrón. Vronski también se dio cuenta de lo poderoso que podía llegar a ser Serpujovski, con su indudable capacidad para reflexionar y comprender las cosas, con su inteligencia y su don de palabra, tan raras en la esfera en la que se movían. Y, por mucha vergüenza que le diera, tuvo que reconocer que le envidiaba. —En cualquier caso, a mí me falta una cosa importante —respondió—: el deseo de poder. Lo tenía antes, pero lo he perdido. — Perdóname, pero eso no es verdad —dijo Serpujovski, sonriendo. — ¡Sí, es verdad! ¡Es verdad! Sobre todo ahora —añadió Vronski, con la mayor sinceridad. —Puede que sea verdad ahora. Pero ese ahora no durará siempre. —Es posible —repuso Vronski. —Tú dices que es posible —prosiguió Serpujovski, como si hubiera adivinado el pensamiento de su amigo—, y yo te digo que es seguro. Por eso quería verte. Has actuado como debías hacerlo. Lo entiendo, pero no te conviene perseverar. Sólo te pido que me des carte blanche. No pretendo desempeñar contigo el papel de protector... Aunque ¿por qué no iba a hacerlo? ¡Cuántas veces no me habrás protegido tú! Espero que

nuestra amistad esté por encima de esas cosas. Sí —añadió, sonriéndole con ternura, como una mujer—, dame carie blanche, abandona tu regimiento y yo tiraré de ti sin que te des cuenta. —Pero si ya te he dicho que no necesito nada —replicó Vronski—. Sólo que todo siga como hasta ahora. Serpujovski se levantó y se puso delante de él. —Quieres que todo siga como hasta ahora. Entiendo a lo que te refieres. Pero escúchame: tenemos la misma edad. Es posible que hayas conocido a más mujeres que yo. —La sonrisa y los gestos de Serpujovski indicaban que Vronski no tenía nada que temer, que pondría el dedo en la llaga con las mayores precauciones y cuidados—. Yo estoy casado y, como dejó escrito no recuerdo quién, conociendo a la mujer que amas, conoces mejor a todas las mujeres que si hubieras tratado a miles de ellas. — ¡Ya vamos! —gritó Vronski al oficial que venía a buscarlos de parte del comandante. Tenía curiosidad por saber adónde quería ir a parar Serpujovski. —Voy a darte mi opinión. Las mujeres son el principal obstáculo en la carrera de un hombre. Es difícil amar a una mujer y hacer algo de valía. Sólo existe un medio de que el amor no se convierta en una traba: el matrimonio. ¿Cómo podría explicártelo? —dijo Serpujovski, que era muy aficionado a las comparaciones—. ¡Espera! ¡Ya lo tengo! Supongamos que llevas un peso. Sólo podrás mover las manos en caso de que lo lleves a la espalda. Así es el matrimonio. Yo lo he comprendido después de casarme. De pronto me encontré con las manos libres. Pero si uno no se casa, sigue arrastrando ese fardeau y las manos no pueden hacer nada. Fíjate en Mazánkov o en Krúpov. Echaron a perder su carrera por culpa de las mujeres. —Pero ¡qué mujeres! —exclamó Vronski, recordando a la francesa y a la actriz con las que tenían relaciones los dos personajes mencionados. —Cuanto más destacada sea la posición de una mujer en sociedad, mayores serán las dificultades. En ese caso ya no se trataría sólo de cargar con un fardeau en las manos, sino de quitárselo a otro. —Tú nunca has amado —dijo Vronski en voz baja, mirando al frente y pensando en Anna. — Puede ser. Pero recuerda lo que te he dicho. Y una cosa más: las mujeres son más materialistas que los hombres. Para nosotros el amor es algo grandioso, pero ellas están siempre con loos piess enn el suuueloo. ¡Ya vamos! ¡Ya vamos! —le dijo a un criado que entró en la habitación, pensando que iba a buscarlos. Pero el criado traía un billete para Vronski. —De parte de la princesa Tverskaia. Vronski abrió el billete y se ruborizó. —Me ha entrado dolor de cabeza. Me voy a casa —le dijo a Serpujovski. —Bueno, pues adiós. Entonces, ¿me das carte blanche? —Ya hablaremos en otra ocasión. Te veré en San Petersburgo. XXII. Ya eran más de las cinco. Para llegar a tiempo a la cita y no servirse de sus propios caballos, que todo el mundo conocía, Vronski montó en el coche de alquiler de Yashvín y ordenó al cochero que fuera lo más deprisa posible. Era un carruaje viejo de cuatro plazas, bastante espacioso. Se sentó en un rincón, extendió las piernas sobre el asiento delantero y se quedó pensativo. La vaga conciencia de haber puesto en orden sus asuntos, el vago recuerdo de la amistad y los elogios de Serpujovski, que le consideraba un hombre necesario y, por encima de todo, la inminente entrevista con Anna, contribuyeron a que su estado de ánimo fuera inmejorable. El sentimiento era tan intenso que Vronski no podía dejar de sonreír. Bajó las piernas, las cruzó, se pasó la mano por la pantorrilla, todavía dolorida de la caída de la víspera y, echando la cabeza hacia atrás, respiró varias veces a pleno pulmón. «¡Ah, qué bien me encuentro! ¡Qué bien!», se dijo. Ya antes había conocido esa suerte de satisfacción por su propio cuerpo, pero nunca se había querido tanto como ahora. Le agradaba percibir ese leve dolor en la pierna fuerte, así como el movimiento de los músculos del pecho al respirar. Hasta ese día despejado y frío de agosto, que tanto había desanimado a Anna, le parecía excitante y vivificante, y refrescaba su cara y su cuello, que le ardían después de las abluciones. El perfume de la brillantina de su bigote se le antojaba especialmente grato con aquel aire fresco. Todo lo que veía por la ventana del carruaje, envuelto en ese viento frío y puro, a la pálida luz del atardecer, era tan fresco, alegre y fuerte como él mismo: los tejados de las casas, que brillaban con los rayos del sol poniente, los perfiles nítidos de las cercas y las esquinas de los edificios, los escasos transeúntes y carruajes con los que se encontraba, el verdor inmóvil de los árboles y la hierba, los campos de patatas con sus surcos regulares, las sombras oblicuas que proyectaban las casas, los árboles, los arbustos y hasta las hileras de patatas. Todo era tan bello como un hermoso paisaje recién pintado y cubierto de barniz. — ¡Más deprisa, más deprisa! —le dijo al cochero, asomándose a la ventanilla. Y, sacando del bolsillo un billete de tres rublos, se lo alargó cuando éste se volvió. La mano del cochero palpó algo al lado del farol, blandió el látigo, que silbó en el aire, y el coche rodó veloz por la calzada lisa. «No necesito nada, nada más que esta felicidad —pensaba, contemplando el botón de marfil de la campanilla entre las dos ventanillas y representándose a Anna como la había visto por última vez—. Cuanto más tiempo pasa, más la amo. Ahí está el jardín de la quinta oficial de la señora Vrede. ¿Dónde estará Anna? ¿Dónde? ¿Y qué habrá pasado? ¿Por qué me habrá citado aquí, utilizando para ello una carta de Betsy?» Sólo ahora se hacía esa pregunta, pero ya no había tiempo para lucubraciones. Le dijo al cochero que parara antes de llegar a la avenida, abrió la portezuela, saltó en marcha y se internó en el paseo que conducía a la casa. No había nadie, pero al mirar a la derecha vio a Anna. Aunque llevaba el rostro cubierto por un velo, reconoció con alegría su manera de andar tan peculiar, la curva de los hombros y la posición de la cabeza, y sintió una especie de sacudida

eléctrica. La conciencia de su propio cuerpo se hizo aún más aguda, desde los movimientos elásticos de las piernas hasta la leve oscilación de los pulmones al respirar y el sutil cosquilleo de sus labios. Al verle, Anna le apretó con fuerza la mano. —Espero que no te hayas enfadado por haberte llamado. Tenía que verte sin falta —dijo. Nada más ver el pliegue severo y duro de sus labios, por debajo del velo, el humor de Vronski cambió por completo. — ¡Cómo voy a enfadarme! Pero ¿qué haces aquí? ¿Y cómo has venido? —Eso es lo de menos —replicó Anna, cogiéndole del brazo—. Ven, necesito hablarte. Vronski comprendió que había sucedido algo y que la entrevista no sería alegre. En presencia de Anna, no tenía voluntad propia. No sabía por qué estaba tan alterada, pero se daba cuenta de que, a su pesar, le comunicaba su agitación. — ¿Qué pasa? ¿Qué? —preguntó, apretando la mano de Anna con el codo y tratando de leer en su rostro lo que estaba pensando. Anna dio unos pasos en silencio, tratando de armarse de valor, y de pronto se detuvo. —Ayer no te dije —empezó, respirando muy deprisa, con evidente esfuerzo— que al volver a casa con Alekséi Aleksándrovich se lo confesé todo... Le dije que no podía seguir siendo su mujer, que... Se lo dije todo. Vronski la escuchaba, inclinando el cuerpo sin darse cuenta, como si deseara aliviar de ese modo lo penoso de su situación. Pero, en cuanto Anna pronunció esas palabras, volvió a erguirse, y su rostro adoptó un aire severo y orgulloso. — ¡Sí, sí, es mejor así! ¡Mil veces mejor! Me doy cuenta de lo mucho que habrás sufrido —dijo. Pero ella, sin prestar atención a lo que le decía, le miraba a los ojos, tratando de adivinar sus pensamientos. Lo primero que se le pasó a Vronski por la cabeza fue que, dadas las circunstancias, un duelo se hacía inevitable, y a esa razón obedecía su expresión. Pero Anna no podía saberlo y atribuyó a otra causa esa repentina seriedad. Después de recibir la carta de su marido, había comprendido en el fondo de su alma que todo seguiría como antes, que no tendría fuerzas para renunciar a su posición, abandonar a su hijo y unirse a su amante. Y su visita a la princesa Tverskaia la había confirmado aún más en sus sospechas. En cualquier caso, esa entrevista era para ella de una importancia capital. Albergaba la esperanza de que cambiara su situación y la salvara. Si al oír esa noticia Vronski le decía con resolución y apasionamiento, sin vacilar un solo instante: «¡Déjalo todo y huye conmigo!», abandonaría a su hijo y se marcharía con él. Pero su anuncio no había causado en Vronski el efecto que ella había previsto. Sólo parecía ofendido por algo. —No he sufrido lo más mínimo. Pasó así sin más —dijo con irritación—. Y mira... —añadió, sacando del guante la carta de su marido. —Entiendo, entiendo —la interrumpió Vronski, cogiendo la carta, pero en lugar de leerla, procuró tranquilizarla—. Siempre he deseado y te he pedido que acabaras de una vez con esta situación para poder consagrar mi vida a tu felicidad. — ¿Por qué me dices eso? —preguntó Anna—. ¿Acaso puedo dudarle? En tal caso... — ¿Quién se acerca por ahí? —dijo de pronto Vronski, señalando a dos señores que iban hacia ellos—. Tal vez nos conozcan. —Y se internó a toda prisa en un paseo lateral, arrastrando a Anna. — ¡Ah, me da igual! —exclamó Anna con labios temblorosos. Y Vronski tuvo la impresión de que sus ojos le miraban con una extraña irritación por debajo del velo—. Como acabo de decirte, no se trata de eso. No dudo de ti. Pero mira lo que me escribe. Lee. Y se detuvo de nuevo. Igual que había hecho cuando se enteró de que Anna había roto con Alekséi Aleksándrovich, mientras leía la carta Vronski se entregó involuntariamente a la impresión espontánea que suscitaba en él el marido engañado. Con la carta en la mano, se representaba el anuncio del desafío, que le comunicarían esa misma jornada o al día siguiente, en su casa, y también el duelo, en el que, después de disparar al aire con la misma expresión orgullosa y fría que tenía en esos momentos, aguardaría la bala del marido ultrajado. De pronto se le pasaron por la cabeza las palabras que Serpujovski le había dicho hacía un rato y lo que él mismo había pensado por la mañana; a saber, que era mejor no comprometerse. Y comprendió que no podía comunicarle a Anna ese pensamiento. Una vez leída la carta, Vronski la miró con ojos indecisos, y Anna se dio cuenta de que llevaba tiempo sopesando la cuestión y de que no iba a decirle todo lo que pensaba. Su última esperanza se había desvanecido. No era eso lo que había esperado de la entrevista. —Ya ves qué clase de persona es —dijo con voz trémula—. Él... —Perdona, pero yo me alegro —la interrumpió Vronski—. Déjame terminar, por el amor de Dios —añadió, suplicándole con la mirada que le diera tiempo para explicarse—. Me alegro porque las cosas no pueden quedar como él supone. — ¿Y por qué? —preguntó Anna, conteniendo las lágrimas, sin conceder la menor importancia a lo que Vronski pudiera decir, pues era consciente de que su destino ya se había decidido. Lo que Vronski quería decirle era que, después del duelo, que él juzgaba inevitable, la situación tendría que cambiar, pero dijo otra cosa. —Esto no puede seguir así. Espero que ahora lo abandones —se turbó y se ruborizó— y que me permitas organizar nuestra vida. Mañana mismo... —prosiguió. Anna no le dejó terminar. — ¿Y mi hijo? —exclamó—. ¿Es que no has visto lo que me escribe? Tendría que abandonarlo y yo no puedo ni quiero hacer eso. — Pero ¿qué es preferible, por el amor de Dios? ¿Abandonar a tu hijo o continuar en esta situación humillante? — ¿Humillante para quién? —Para todos, sobre todo para ti. — ¡Humillante!... No hables así. Esas palabras no tienen sentido para mí —replicó Anna con voz trémula. No quería que Vronski le dijera cosas que no eran ciertas. Ya sólo le quedaba su amor y necesitaba amarle—. Debes entender que todo cambió para mí el día que me enamoré de ti.

Lo único que me importa es tu amor. Cuando lo tengo, me siento tan elevada, tan segura, que nada puede humillarme. Estoy orgullosa de mi situación porque... Me enorgullezco de que... de que... No pudo terminar la frase. Lágrimas de vergüenza y desesperación ahogaron su voz. Se detuvo y estalló en sollozos. A Vronski también se le hizo un nudo en la garganta y sintió una especie de cosquilleo en la nariz. Por primera vez en su vida estaba a punto de echarse a llorar. No habría sabido explicar qué era lo que le conmovía. Le daba pena de Anna y se daba cuenta de que no podía ayudarla; al mismo tiempo era consciente de que él era el culpable de la desgracia de esa mujer, de que había hecho algo que no estaba bien. —¿Es que no hay modo de obtener el divorcio? —dijo con un hilo de voz. Ella, sin responder palabra, negó con la cabeza—. ¿Y no puedes abandonar a tu marido y llevarte a tu hijo? —Sí, pero todo depende de él. Y ahora tengo que volver a su casa —dijo Anna con sequedad. Sus previsiones de que todo seguiría como antes se habían cumplido punto por punto. —El martes iré a San Petersburgo. Entonces se decidirá todo. —Sí —dijo Anna—. Pero no hablemos más de eso. El coche de Anna, al que había despedido con la orden de recogerla al pie de la verja de la señora Vrede, se acercaba. Anna se despidió de Vronski y regresó a su casa. XXIII. El lunes la comisión del 2 de junio celebraba una sesión ordinaria. Alekséi Aleksándrovich entró en la sala de reuniones, saludó a los miembros y al presidente, como de costumbre, y se sentó en su sitio, poniendo una mano en los documentos preparados delante de él, entre los que se encontraban las referencias que necesitaba y el borrador del discurso que se proponía pronunciar. Pero lo cierto es que las referencias no le hacían falta. Se acordaba de todo y no consideraba necesario repetir en su memoria lo que iba a decir. Sabía que, una vez llegado el momento, cuando viera el rostro de su adversario, que se esforzaría en vano por aparentar indiferencia, las palabras brotarían con mayor fluidez que si las hubiera preparado de antemano. Era consciente de que el contenido de su discurso era de tanto calado que cada uno de los vocablos estaría revestido de significado. Mientras llegaba su momento, escuchaba con aire inocente e inofensivo el informe habitual. Al ver sus manos blancas, de venas hinchadas, sus largos dedos, que rozaban con tanta delicadeza los bordes del papel blanco que tenía delante, y su cabeza ladeada, con esa expresión de fatiga, nadie habría podido imaginar que al cabo de un instante iban a salir de su boca unas frases que desencadenarían una tormenta espantosa, suscitarían gritos entre los miembros de la comisión, que se interrumpirían unos a otros, y obligarían al presidente a llamarles al orden. Una vez terminada la lectura del informe, Alekséi Aleksándrovich anunció con su voz serena y aguda que iba a exponer algunas ideas relativas al asentamiento de las minorías raciales. Toda la atención se concentró en él. Alekséi Aleksándrovich se aclaró la garganta y, fiel a su costumbre de no mirar a su adversario cuando pronunciaba un discurso, clavó los ojos en la primera persona sentada delante de él, un viejecito menudo y pacífico que jamás expresaba su parecer en la comisión, y empezó a exponer sus consideraciones. Cuando pasó a ocuparse de la ley orgánica y fundamental, su adversario se levantó de un salto y empezó a hacerle objeciones. Strémov, que también era miembro de la comisión y también se sentía herido en lo vivo, trató de justificarse. A partir de ese momento la sesión degeneró en trifulca. Pero Alekséi Aleksándrovich triunfó y su proposición fue aprobada. Se nombraron tres comisiones nuevas, y al día siguiente, en cierto círculo petersburgués, no se hablaba más que de esa sesión. El éxito de Alekséi Aleksándrovich superó incluso sus expectativas. Al día siguiente, martes, nada más despertarse, recordó con satisfacción la victoria de la víspera y no pudo por menos de sonreír, aunque intentó aparentar indiferencia cuando el secretario de su departamento, deseando halagarlo, le habló de los rumores que corrían sobre lo que había sucedido en la comisión. Absorto en los asuntos que examinaba con el secretario, Alekséi Aleksándrovich se olvidó por completo que ese martes era el día señalado para el regreso de Anna Arkádevna y se mostró sorprendido y contrariado cuando un criado vino a anunciarle su llegada. Anna había vuelto a San Petersburgo por la mañana temprano. Habían enviado el coche para recogerla, según lo acordado en el telegrama; por tanto, Alekséi Aleksándrovich debería estar enterado de su llegada. Pero no salió a recibirla. Le dijeron que el señor no había salido todavía y que estaba reunido con su secretario. Anna ordenó que le avisaran de su regreso, pasó a su despacho y empezó a deshacer el equipaje, esperando que fuera a verla. Pero pasó una hora sin que Alekséi Aleksándrovich diera señales de vida. Anna salió al comedor con el pretexto de dar unas órdenes y habló a propósito en voz alta, intentando llamar la atención de su marido, pero éste no apareció, aunque ella lo oyó acercarse a la puerta del despacho, acompañando al secretario. Sabía que no tardaría en marcharse a su oficina, como de costumbre, y quería verlo antes para aclarar su situación. Atravesó la sala y se dirigió con determinación al despacho de su marido. Cuando entró, se lo encontró vestido de uniforme, sin duda preparado para salir: sentado a una mesita en la que había apoyado los codos, miraba delante de sí con tristeza. Anna lo vio antes de que él reparara en su presencia y comprendió que estaba pensando en ella. Al verla, Karenin hizo intención de levantarse, pero cambió de parecer y se ruborizó, algo que Anna no había visto nunca; al final se puso en pie bruscamente y fue a su encuentro, con los ojos fijos en su frente y su peinado, para evitar su mirada. Una vez cerca de ella, le cogió la mano y le pidió que se sentara. —Me alegro mucho de que haya

venido —dijo, tomando asiento a su lado. Era evidente que quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Varias veces intentó hablar, pero siempre acababa interrumpiéndose. A la hora de preparar la entrevista, Anna había buscado toda clase de argumentos para despreciarlo y echarle la culpa de todo, pero ahora no sabía qué decirle y le compadecía. Así pues, ese silencio se prolongó bastante—. ¿Está bien Seriozha? —preguntó él y, al no obtener respuesta, añadió—: Hoy no voy a comer en casa y ahora tengo que irme. —He estado a punto de irme a Moscú —dijo Anna. —No, ha hecho mucho mejor viniendo aquí —replicó Karenin y calló de nuevo. Viendo que su marido no era capaz de iniciar la conversación, decidió hacerlo ella misma. —Alekséi Aleksándrovich —dijo, sin bajar los ojos ante la mirada de su marido, fija en sus cabellos—, soy una mujer ruin y miserable, pero sigo siendo la misma de antes, la que le he confesado ser, y he venido para decirle que no puedo cambiar. —No le he preguntado nada de eso —replicó de pronto Karenin, mirándola a los ojos con determinación y odio—. Me lo suponía. —Por lo visto, bajo el influjo de la ira había recobrado plenamente el dominio de sus facultades—. Pero, como le informé entonces de viva voz y por escrito —añadió con voz firme y aguda— y le repito ahora, no estoy obligado a saber nada. Prefiero ignorarlo. No todas las mujeres tienen la delicadeza de contarle a su marido esa novedad tan agradable —prosiguió, enfatizando de manera especial esa última palabra—. Y lo seguiré ignorando mientras la sociedad no se entere y mi nombre no sufra menoscabo. En consecuencia, quiero advertirle de que nuestras relaciones deben seguir siendo las mismas de siempre; sólo en caso de que se comprometa usted, tomaré las medidas oportunas para salvaguardar mi honor. —Pero nuestras relaciones no pueden seguir siendo las de siempre —dijo Anna con voz tímida, mirándole con temor. Cuando volvió a ver esos gestos mesurados y oyó esa voz penetrante, infantil y burlona, la piedad de antes desapareció, ahogada por un sentimiento de repugnancia y de miedo; pero por encima de todo quiso dejar clara su postura. —No puedo ser su mujer cuando... —empezó. Alekséi Aleksándrovich estalló en una risa malévolamente fría. —Probablemente la clase de vida que ha elegido ha influido en sus ideas. Respeto tanto su pasado como desprecio su presente... Ni se me ha pasado por la cabeza la interpretación que ha dado usted a mis palabras. —Anna suspiró y bajo la cabeza—. Lo que no entiendo es que una mujer tan independiente como usted —prosiguió, acalorándose—, capaz de confesar abiertamente a su marido su infidelidad, sin ver en ella nada reprehensible, según parece, ponga tantos reparos en cumplir sus deberes de esposa. — ¡Alekséi Aleksándrovich! ¿Qué es lo que quiere de mí? —Quiero que ese individuo no aparezca por aquí y que se comporte usted de tal manera que ni la sociedad ni los criados puedan acusarla... Quiero que deje usted de verlo. Creo que no pido demasiado. A cambio, gozará de los derechos de una mujer honrada, sin cumplir con sus deberes. Eso es cuanto tenía que decirle. Ahora debo irme. Hoy no como en casa. Se levantó y se dirigió a la puerta. Anna también se puso en pie. Él se inclinó en silencio y la dejó pasar. XXIV. La noche que Levin pasó en el almiar tuvo importantes consecuencias en su vida. Las faenas de la finca de las que se había ocupado hasta entonces se le antojaron insulsas, desprovistas de cualquier interés. A pesar de la magnífica cosecha, nunca se habían producido —o al menos tal era su percepción— tantos contratiempos y disgustos con los campesinos como ese año, y ahora entendía a qué se habían debido. El placer que las labores agrícolas le habían procurado, el acercamiento a los campesinos, la envidia que había sentido de ellos y su vida, el deseo de abrazar esa existencia (que aquella noche había dejado de ser un sueño para convertirse en resolución, cuya puesta en práctica había analizado en detalle): todo eso había alterado de tal modo su manera de entender la administración de la finca que ya no podía mostrar el mismo interés de antes ni pasar por alto su actitud displicente con los trabajadores, principal motivo de todo lo que pasaba. El rebaño de vacas seleccionadas, como Pava; la tierra labrada y fertilizada; los nueve campos iguales, rodeados de setos de mimbreras; las noventa hectáreas de tierra cubierta de estiércol; las sembradoras mecánicas, etcétera. Todo eso habría estado muy bien si lo hubiera hecho él mismo o con amigos que compartieran su punto de vista. Pero ahora veía con claridad (el libro que estaba escribiendo, en el que presentaba al trabajador como el elemento principal de las faenas agrícolas, le ayudó mucho a entenderlo) que su manera de dirigir las labores de la hacienda se reducía a una feroz lucha sin cuartel con los trabajadores, en la que una de las partes —la que él representaba— mostraba un empeño continuo y tenaz por transformarlo todo y ajustarlo a un modelo que se consideraba más racional, mientras la otra se aferraba al orden natural de las cosas. Y se dio cuenta de que con esa lucha, llevada a cabo con un derroche de energías por su parte y sin esfuerzo alguno ni intención siquiera por la otra, lo único que conseguía era que la explotación no avanzara y que se echaran a perder en vano unas máquinas magníficas, un ganado estupendo y una tierra de primera. Y lo peor no era ese gasto inútil de energías: ahora que se le había revelado el verdadero sentido de sus actividades, no podía dejar de reconocer que los objetivos que perseguía eran injustos. De hecho, ¿en qué consistía esa lucha? Mientras él miraba por cada céntimo que le correspondía (no podía actuar de otro modo, porque, si bajaba la guardia, no dispondría de dinero suficiente para pagar a los trabajadores), ellos sólo se preocupaban de trabajar con calma y sin agobios, como habían hecho siempre. Para salvaguardar sus intereses,

Levin necesitaba que cada campesino trabajara lo más posible, que no se distrajera, que procurara no estropear las aventadoras, los rastrillos, las trilladoras; que se concentrara en lo que estaba haciendo. Los campesinos, en cambio, querían trabajar de la manera más agradable, sin agobios, y, sobre todo, sin preocupaciones, ni cuidados, ni quebraderos de cabeza. Ese verano Levin lo había comprobado a cada paso. Cuando mandaba segar los tréboles para alimentar al ganado, eligiendo las peores hectáreas, donde la hierba crecía mezclada con cizaña y por tanto no valía para simiente, los campesinos guadañaban las mejores hectáreas y justificaban su proceder alegando que así se lo había mandado el administrador. Para consolarlo, le aseguraban que el heno sería excelente, pero Levin sabía que habían obrado así porque esas hectáreas eran más fáciles de segar. Cuando enviaba una máquina de aventar heno, la estropeaban en los primeros surcos, porque el hombre que la conducía se aburría sentado en la parte delantera, mientras las hojas giraban por encima de su cabeza. Y le decían: «No se preocupe, las mujeres lo harán en un santiamén». Los arados quedaban inservibles porque al campesino no se le ocurría bajar la reja y, al hacer fuerza, fatigaba a los caballos y estropeaba la tierra. En tales casos le decían que no se preocupara. También dejaban que los caballos se metieran en los trigales, porque nadie quería trabajar como guarda nocturno; a pesar de que se lo tenía terminantemente prohibido, los campesinos velaban por turnos; una vez Vanka, que había trabajado el día entero, se quedó dormido: «Haga conmigo lo que quiera», le dijo a Levin, arrepentido de su descuido. Los tres mejores terneros murieron empachados, porque los dejaron entrar en un renadío de trébol sin darles antes de beber; pero se negaron a admitir que se hubieran hinchado por culpa del trébol, y a modo de consuelo contaban que un vecino había perdido ciento doce cabezas en tres días. No hacían todas esas cosas porque quisieran perjudicar a Levin o arruinar su finca. Al contrario, sabía que lo apreciaban, que lo consideraban un amo sencillo (lo que en su caso constituía el mayor de los elogios). Simplemente deseaban trabajar a su aire, sin preocupaciones; además, los intereses del amo se les antojaban ajenos e incomprensibles, y se oponían fatalmente a los suyos, que eran mucho más justos. Hacía ya tiempo que Levin se sentía descontento de su manera de llevar la hacienda. Veía que su barco se hundía, pero no buscaba ni encontraba las vías de agua, tal vez engañándose a propósito. Pero ahora no podía seguir engañándose. La finca no sólo había dejado de interesarle, sino que se le había vuelto odiosa, y no veía la manera de seguir ocupándose de ella. A todo eso había que añadir la presencia a veinte verstas de allí de Kitty Scherbatski, a quien quería ver y no podía. Daria Aleksándrovna Oblónskaia, cuando fue a verla, lo había invitado a visitarlas, dándole a entender que, si volvía a pedir la mano de su hermana, esta vez no le rechazaría. El propio Levin, al ver a Kitty, comprendió que no había dejado de quererla. Pero no podía ir a la finca de los Oblonski sabiendo que estaba ella. El hecho de que se hubiera declarado y ella lo hubiera rechazado había levantado entre ambos una barrera infranqueable. «No puedo pedirle que sea mi esposa simplemente porque no haya podido casarse con el hombre al que amaba», se decía. Esa idea despertaba en él sentimientos de hostilidad y rechazo. «Sería incapaz de hablarle sin amargura, de mirarla sin acritud, y entonces ella me odiará todavía más, como es natural. Además, ¿cómo iba a presentarme en su casa después de lo que me ha dicho Daria Aleksándrovna? ¿Podría fingir que no sé nada? Tendría que mostrarme magnánimo, concederle mi perdón, compadecerla. ¡Y me vería desempeñando el papel del hombre que olvida las ofensas y se digna conceder su amor!... ¿Por qué me habrá dicho eso Daria Aleksándrovna? Podría haberme encontrado con ella por casualidad y todo habría sucedido de un modo natural. ¡Ahora es imposible! ¡Imposible!» Daria Aleksándrovna le envió un billete en el que le pedía una silla de montar para Kitty. «Me han dicho que tiene usted una silla de montar —le decía—. Espero que la traiga usted en persona.» Aquello le pareció ya demasiado. ¿Cómo era posible que esa mujer inteligente y delicada humillara de ese modo a su propia hermana? Levin escribió diez notas diferentes, pero acabó rompiéndolas todas y enviando la silla sin respuesta. No podía escribir que iría, porque le era imposible hacerlo. Y poner cualquier excusa o alegar que se marchaba le parecía aún peor. En suma, envió la silla sin respuesta y al día siguiente, con la conciencia de haber cometido una grosería, dejó los enojosos asuntos de la finca en manos de su administrador y se fue a casa de su amigo Sviazhski, que le había escrito recientemente para pedirle que cumpliera su antigua promesa de visitarlo en su lejano distrito, con unos pantanos magníficos para la caza de la becada. Los pantanos del distrito de Súrov, con sus becadas, atraían a Levin desde hacía tiempo, pero las labores de la hacienda le habían obligado a aplazar una y otra vez ese viaje. Ahora se alegraba de alejarse de los Scherbatski y, sobre todo, de perder de vista las faenas del campo en beneficio de la caza, su mejor consuelo en los momentos de tribulación. XXV. Como en el distrito de Súrov no había ferrocarril ni caminos de postas, Levin tuvo que viajar en su propia calesa. A mitad de camino se detuvo para dar de comer a los caballos en casa de un campesino rico. Un viejo calvo, bien conservado, de ancha barba rojiza, gris en las mejillas, le abrió la cancela y se apretó contra el poste para dejar paso al coche. Después de señalar al cochero un lugar debajo del cobertizo, en el espacioso patio, limpio y bien ordenado, con unos arados medio quemados, el viejo pidió a Levin que entrara en la casa. Una muchacha pulcramente vestida, con chanclos en los pies desnudos, fregaba el suelo del

zaguán nuevo. Al ver entrar al perro de Levin, se asustó y lanzó un grito, pero, en cuanto se enteró de que no mordía, se rió de su propio miedo. Tras indicar a Levin con el brazo desnudo la puerta de la habitación, ocultó su hermoso rostro y se inclinó para seguir fregando. — ¿Quiere que le lleve el samovar? —preguntó. —Sí, por favor. La habitación era amplia, con una estufa holandesa y un tabique. Bajo los iconos había una mesa decorada con dibujos, un banco y dos sillas. Al lado de la puerta destacaba un aparador con vajilla. Los postigos estaban cerrados, había pocas moscas; por todas partes se apreciaba tanta limpieza que Levin obligó a Laska a que se tumbara en un rincón, cerca de la puerta, pues traía las patas sucias del polvo del camino y de los charcos en los que se había metido, y podía manchar el suelo. Después de examinar la habitación, Levin salió al patio trasero. La hermosa muchacha de los chanclos, balanceando los cubos vacíos, que colgaban de una pértiga, pasó corriendo en dirección al pozo. — ¡Date prisa! —le gritó con voz alegre el anciano y se acercó a Levin—. ¿Qué, señor? ¿Va a visitar a Nikolái Ivánovich Sviazhski? También él para en nuestra casa —dijo, apoyándose en la barandilla de la entrada con evidente deseo de charlar un rato. El viejo se puso a hablarle de su amistad con Sviazhski, pero, cuando estaba a mitad de su relato, la cancela volvió a chirriar, dando paso a unos trabajadores que volvían de los campos con arados y gradas, de los que tiraban caballos grandes y bien alimentados. Por lo visto dos de los hombres eran miembros de la familia, los jóvenes con camisas y gorras de algodón; los otros dos, uno ya mayor y el otro joven, eran jornaleros y llevaban camisas de lienzo. El viejo se apartó de Levin, se acercó a los caballos y se puso a desengancharlos. — ¿Qué han estado arando? —preguntó Levin. —Los campos de patatas. También nosotros tenemos nuestro terrenito. Fiódor, no sueltes al caballo castrado. Átalo a un poste. Engancharemos otro. —Dígame, padrecito, ¿han traído las rejas del arado que pedí? —preguntó un muchacho alto y fuerte, probablemente el hijo del anciano. —Están... en el trineo —respondió el viejo, enrollando las riendas y tirándolas al suelo—. Ocupate de ellas mientras los otros comen. La hermosa muchacha, con los hombros doblados bajo el peso de los cubos llenos, volvió a pasar por el zaguán. Aparecieron otras mujeres, salidas Dios sabe de dónde, jóvenes y hermosas, de mediana edad, viejas y feas, con niños y sin ellos. El samovar empezó a silbar. Una vez desenganchados los caballos, los jornaleros y los miembros de la familia se fueron a comer. Levin sacó del coche sus provisiones e invitó al viejo a tomar el té. —Ya lo he tomado antes. Pero me beberé otro vaso para hacerle compañía —dijo el viejo, aceptando la proposición con evidente placer. Mientras tomaban el té, el viejo le contó cómo se había hecho con la finca. Diez años antes había arrendado ciento veinte hectáreas a la dueña de las tierras, y el año anterior se las había comprado, arrendando trescientas más a un hacendado local. Subarrendaba una parte pequeña de las tierras, la peor, y él mismo, con ayuda de su familia y dos jornaleros, cultivaba unas cuarenta hectáreas. El viejo se quejaba de que las cosas le iban mal. Pero Levin se dio cuenta de que sólo lo hacía por guardar las formas y de que la realidad era mucho más halagüeña. De no haber sido así, no habría comprado la tierra a ciento cinco rublos la hectárea, no habría casado a sus tres hijos y a su sobrino, no habría reconstruido dos veces la casa después de otros tantos incendios, cada vez con mayor suntuosidad. A pesar de sus lamentos, saltaba a la vista que estaba justamente orgulloso de su bienestar, de sus hijos, de su sobrino, de sus nueras, de los caballos, de las vacas y, en general, de toda la hacienda. A partir de las palabras del viejo, Levin dedujo que no era contrario a las innovaciones. Había plantado muchas patatas, que, como Levin pudo observar por el camino, ya habían perdido la flor y empezaban a madurar, mientras las suyas apenas habían florecido. Labraba los campos de patatas con una «arada», como decía él, que le prestaba el propietario. También sembraba trigo. Un pequeño detalle sorprendió a Levin de manera especial: el viejo aprovechaba el centeno recogido al escardar para dárselo a los caballos. ¡Cuántas veces, viendo cómo se desperdiciaba ese excelente forraje, había querido recogerlo! Pero nunca lo había conseguido. En cambio, ese viejo lo hacía, y no dejaba de alabar la calidad de ese forraje. —De algo tienen que ocuparse las mujeres. Llevan los montones al borde del camino y el carro se los lleva. —Nosotros, los propietarios, no conseguimos entendernos con los braceros —dijo Levin, alargándole un vaso de té. —Gracias —replicó el anciano, tomándolo, pero rechazó el azúcar que le ofrecía, señalando un terrón medio mordiscado—. Con los braceros no hay manera de hacer nada —dijo—. Es una ruina. Fíjese, por ejemplo, en el señor Sviazhski. Sabemos que su tierra es excelente, pero mire qué cosechas tiene. ¡Falta vigilancia! —Pero tú también contratas jornaleros. —Sí, pero nosotros somos campesinos. Nos ocupamos de todo en persona. Si un jornalero no cumple, lo despachamos, y nos apañamos con gente de casa. —Padrecito, Finoguén pide que le llevemos alquitrán —dijo una mujer con chanclos, entrando en la habitación. — ¡Así es, señor! —concluyó el viejo. A continuación se levantó, se santiguó varias veces, le dio las gracias a Levin y salió. Cuando Levin entró en la cocina para llamar a su cochero, encontró a todos los hombres de la familia sentados a la mesa. Las mujeres les servían. Un hijo del viejo, un joven robusto, con la boca llena de gachas, contaba algo divertido, y todos se reían a carcajadas, sobre todo la muchacha de los chanclos, que en ese momento llenaba de sopa de col una escudilla. Puede que el agraciado rostro de la muchacha de los chanclos contribuyera en gran medida a la impresión de bienestar que produjo en Levin esa casa

campesina, pero lo cierto era que esa impresión había sido tan fuerte que no lograba quitársela de la cabeza. A lo largo del camino que le quedaba para llegar a casa de su amigo, no fue capaz de pensar en otra cosa, como si en la escena que había contemplado hubiera algo que mereciera una atención especial. XXVI. Sviazhski era el mariscal de la nobleza de su distrito. Tenía cinco años más que Levin y llevaba mucho tiempo casado. En la casa vivía su joven cuñada, una muchacha que le caía muy bien a Levin. Éste no ignoraba que Sviazhski y su mujer deseaban casarlo con ella. Lo sabía a ciencia cierta, como saben esas cosas los jóvenes a los que se llama pretendientes, aunque nadie se había atrevido a decirle una palabra. También sabía que, a pesar de sus deseos de casarse y de que, según todas las apariencias, esa muchacha tan atractiva sería una excelente esposa, tenía tan pocas posibilidades de casarse con ella, aunque no estuviera enamorado de Kitty Scherbatski, como de echarse a volar. Esa certidumbre le amargaba el placer que esperaba encontrar en aquella casa. Al recibir la carta de su amigo en la que le invitaba a cazar, Levin pensó en seguida en ese inconveniente, pero llegó a la conclusión de que las intenciones que atribuía a su amigo no eran más que suposiciones infundadas, de modo que resolvió partir. Además, en el fondo de su alma quería ponerse a prueba, analizar de nuevo los sentimientos que albergaba por esa muchacha. La vida en casa de Sviazhski era muy agradable; en cuanto a su amigo, el mejor activista del zemstvo que Levin había conocido, siempre había despertado su interés. Sviazhski era una de esas personas, bastante incomprensibles para Levin, cuyos juicios, harto fundados, aunque poco independientes, siguen un camino, mientras su vida, perfectamente definida y con una orientación firme, sigue otro que no sólo no guarda relación alguna con sus opiniones, sino que casi siempre está en flagrante contradicción. Sviazhski era un hombre extremadamente liberal. Despreciaba a los nobles y pensaba que la mayoría de ellos eran partidarios de la servidumbre, aunque no se atreviese a confesarlo. Consideraba que Rusia era un país de tercera categoría, algo así como Turquía, con un gobierno tan incapaz que ni siquiera perdía el tiempo en criticarlo. Pero al mismo tiempo era funcionario, así como un mariscal de la nobleza ejemplar, y nunca se ponía en camino sin la gorra con la escarapela y el galón rojo. Afirmaba que sólo se podía llevar una vida decente en el extranjero, adonde se iba en cuanto tenía ocasión, pero al mismo tiempo dirigía en Rusia una hacienda muy compleja, en la que había introducido muchas mejoras, y seguía con enorme interés todo lo que sucedía en el país, de cuyas últimas novedades estaba al tanto. Consideraba que el campesino ruso, por su grado de desarrollo, ocupaba un escalón intermedio entre el hombre y el mono, pero en época de elecciones estrechaba de buena gana las manos de los campesinos y escuchaba sus opiniones. No creía en Dios ni en el diablo, pero se preocupaba mucho de mejorar las condiciones del clero y de reducir el número de parroquias, aunque hacía todo lo posible por conservar la iglesia de su aldea. En lo que respecta a la cuestión femenina, figuraba entre los más radicales defensores de la libertad total de la mujer, sobre todo de su derecho al trabajo, pero, a pesar de llevarse bien con su esposa (todo el mundo admiraba la armonía de esa vida familiar sin hijos), había organizado su vida de tal manera que ésta no hacía ni podía hacer nada, y su única preocupación, compartida por su marido, era pasar el tiempo de la mejor manera posible. Si Levin no hubiera tenido esa tendencia a ver el lado más favorable de las personas, el carácter de Sviazhski no le habría planteado problemas o interrogantes. Simplemente se habría dicho: «Es un estúpido o un canalla», y todo habría quedado resuelto. Pero no se le podía llamar estúpido, porque, como Levin sabía perfectamente, Sviazhski no sólo era muy inteligente, sino también muy culto, aunque no alardeara de su erudición. No había materia sobre la que no supiera algo, pero sólo mostraba sus conocimientos cuando no le quedaba más remedio. Y menos aún se le podía tildar de canalla, porque era un hombre honrado a carta cabal, bondadoso e inteligente, que se ocupaba con empeño, tesón y buen ánimo de una actividad que todo el mundo tenía en alta estima y que seguramente nunca había hecho daño a nadie de manera consciente. Levin trataba de comprenderlo, pero no lo conseguía. Tanto su persona como su vida constituían un enigma para él. Como eran amigos, Levin se permitía sondear a Sviazhski, procurando llegar al fondo mismo de su concepción de la vida; pero siempre sin resultado. Cada vez que Levin había intentado ir más allá de las habitaciones de recepción de la mente de Sviazhski, abiertas para cualquiera, había notado que éste se turbaba un poco. En sus ojos se advertía un recelo casi imperceptible, como si temiera que Levin llegara a comprenderlo, y le oponía resistencia con algún comentario jovial y bienintencionado. Después de su desengaño con las labores de la hacienda, Levin encontraba un placer especial en visitar a Sviazhski. No era sólo que esa feliz pareja de tórtolos, satisfechos consigo mismos y con todo el mundo, y ese nido tan confortable ejercieran sobre él un efecto beneficioso, sino que, ahora que se sentía tan descontento de su propia vida, quería arrancar a su amigo ese secreto que comunicaba a su existencia tanta serenidad, alegría y certidumbre. Además, sabía que en casa de Sviazhski tendría ocasión de ver a varios propietarios de los alrededores, y en esos momentos estaba especialmente interesado en hablar con ellos de cuestiones de economía rural, como la cosecha, el jornal de los braceros y otros temas no menos intrascendentes a juicio de muchos, pero que a él, a la sazón, se le antojaban fundamentales. «Puede que no tuviera importancia en los tiempos de la servidumbre y que siga sin tenerla en Inglaterra. En ambos casos las condiciones están definidas. Pero

en nuestro país, en las circunstancias actuales, cuando reina todavía un completo desorden y sólo ahora las cosas empiezan a tomar forma, el análisis de esas cuestiones es la única tarea importante», pensaba Levin. La partida de caza no dio los resultados que Levin había esperado. El pantano estaba seco y no había becadas. Después de recorrer los campos el día entero, sólo se cobró tres piezas, pero llegó a casa con un apetito voraz, como siempre que iba de caza, en un estado de ánimo inmejorable y con esa excitación intelectual que le causaba siempre el ejercicio físico. Durante la caza, en esos momentos en que se diría que no pensaba en nada, se acordaba de vez en cuando del viejo y de su familia. Era como si esa imagen no sólo reclamara su atención, sino la solución de alguna cuestión relacionada con ella. Por la tarde, mientras tomaban el té en compañía de dos propietarios, que habían ido a ver a Sviazhski para hablar de una tutela, se entabló la interesante conversación que Levin tanto había esperado. Sentado al lado de la dueña de la casa y enfrente de su hermana, Levin tuvo que hablar con ellas. La dueña de la casa era una mujer de cara redonda, rubia y no muy alta, con una sonrisa resplandeciente y hoyuelos en las mejillas. Levin trató de descifrar, por mediación de la mujer, el importante enigma que su marido representaba para él, pero no podía reflexionar con completa libertad, porque se sentía muy incómodo: enfrente de él estaba la cuñada de Sviazhski, con un vestido especial que parecía haberse puesto para él, con un escote en forma de trapecio sobre el blanco pecho. Ese escote cuadrangular, a pesar de la blancura del pecho, o precisamente por ello, privaba a Levin de la libertad de pensamiento. Se imaginaba, probablemente sin fundamento, que habían confeccionado ese escote en su honor, pero no se consideraba con derecho a mirarlo y procuraba no hacerlo. En cualquier caso, se sentía culpable de que hubieran cortado un escote así. Tenía la impresión de que estaba engañando a alguien, de que tendría que explicar algo que no había manera de explicar, y por ese motivo se ruborizaba una y otra vez, se mostraba inquieto e incómodo. Esa incomodidad se comunicó a la hermosa cuñada. Pero la dueña de la casa parecía no darse cuenta y hacía cuanto podía para que su hermana participara en la conversación. —Afirmo usted —apuntó, prosiguiendo con la conversación que habían iniciado— que a mi marido no le interesa nada que sea ruso. Es cierto que en el extranjero está de buen humor, pero no tanto como en casa. Aquí se encuentra en su ambiente. Se ocupa de un montón de asuntos y tiene el don de interesarse por todo. ¿No ha visitado usted nuestra escuela? —La he visto... Es esa casita cubierta de hiedra, ¿verdad? —Sí, es obra de Nastia —dijo la anfitriona, señalando a su hermana. —¿Enseña usted misma? —preguntó Levin, tratando de no mirar el escote, aunque sabía que, si dirigía la vista hacia ese lado, sería incapaz de ver otra cosa. —Sí, he enseñado allí y sigo enseñando, pero tenemos una maestra magnífica. Hemos introducido clases de gimnasia. —No, se lo agradezco, pero no quiero más té —dijo Levin, y, consciente de que estaba cometiendo una descortesía, pero incapaz de continuar con esa conversación, se puso de pie, todo colorado—. Oigo allí una conversación que me interesa mucho —añadió, dirigiéndose al otro extremo de la mesa, donde estaba sentado el dueño de la casa con los dos propietarios. Sviazhski, sentado de lado y acodado en la mesa, sostenía la taza con una mano, mientras con la otra se cogía la barba, se la acercaba a la nariz, como si quisiera olería, y a continuación la soltaba. Con sus brillantes ojos negros contemplaba a un propietario de bigote gris, muy excitado, cuyas opiniones juzgaba divertidas. El propietario se quejaba de los campesinos. Levin se dio cuenta de que Sviazhski podía reducir a polvo, con unas pocas palabras, los argumentos de su interlocutor, pero que su posición no le permitía pronunciarlas, de modo que se limitaba a escuchar, no sin placer, sus cómicos argumentos. Según todos los indicios, el propietario del bigote gris era un hombre que jamás había puesto un pie fuera de la aldea, partidario acérrimo del régimen de servidumbre y apasionado de las labores agrícolas. Levin podía verlo en su ropa, una levita raída y pasada de moda, a la que daba muestras de no estar acostumbrado, en sus ojos inteligentes y entornados, en su habla fluida y popular, en el tono perentorio, fruto, sin duda, de una larga experiencia, y en los gestos imperiosos de sus manos grandes, bellas y tostadas por el sol, con una vieja alianza en el dedo anular. XXVII. —Si no me diera pena abandonar lo que ya he empezado... tantos esfuerzos como he hecho... me desprendería de todo, lo vendería y me marcharía como Nikolái Ivánovich... a oír La belle Hélène —decía el viejo propietario, cuyo rostro inteligente iluminaba una agradable sonrisa. —Si se queda usted —replicó Nikolái Ivánovich Sviazhski— es que le trae cuenta. —Me trae cuenta porque vivo en mi propia casa, y no tengo que comprar ni alquilar nada. Además, aún conservo la esperanza de que los campesinos acaben entrando en razón. Aunque, a decir verdad, ¡qué borracheras, qué depravación! Lo han repartido todo, no les queda ni una vaca, ni un caballo. Pueden estar muriéndose de hambre, pero, si contrata usted a alguno como jornalero, encontrarán la manera de echarlo todo a perder e incluso de llevarlo ante el juez de paz. —También usted puede quejarse ante el juez de paz —objetó Sviazhski. —¿Quejarme yo? ¡Por nada del mundo! ¡Habría que pasar por tantos trámites que me arrepentiría! Ahí tiene usted el asunto de la fábrica: después de cobrar el dinero que se les dio como adelanto, los obreros se marcharon. ¿Y qué hizo el juez de paz? Los dejó libres. Los únicos que hacen las cosas bien son el juzgado comarcal y el stárosta, que les da una paliza a la antigua usanza. De no ser por eso, lo mejor sería dejarlo todo y marcharse al otro extremo del mundo. Era evidente

que el propietario quería sacar de sus casillas a Sviazhski, pero éste, lejos de enfadarse, parecía divertido. —Y, sin embargo, ni Levin, ni este señor —señaló al otro propietario— ni yo dirigimos nuestras haciendas sin recurrir a tales medidas —dijo, sonriendo—. Puede ser, pero pregúntele a Mijaíl Petróvich cómo se las ha arreglado para que sus asuntos le vayan tan bien. ¿Llamaría usted a eso una administración racional? —preguntó el propietario, muy satisfecho, por lo visto, de esa última palabra. —Gracias a Dios, mi hacienda no requiere grandes quebraderos de cabeza —dijo Mijaíl Petróvich—. Lo único que me preocupa es tener dinero en otoño para pagar los impuestos. Los campesinos vienen a verme: «Padrecito, ayúdenos». Y me da pena, claro, porque son vecinos nuestros. Así que les adelanto el primer cuatrimestre, pero les digo: «Acordaos, muchachos, de que yo os he ayudado, y ayudadme vosotros a mí cuando lo necesite, bien para sembrar la avena, para segar el heno o para recoger la cosecha». Y nos ponemos de acuerdo sobre los trabajos que deben hacer por cada tributo que les pago. Es verdad que algunos de ellos son unos sinvergüenzas. Levin, que sabía muy bien en qué consistían esas medidas patriarcales, cambió una mirada con Sviazhski e, interrumpiendo a Mijaíl Petróvich, se dirigió al propietario del bigote gris. —Entonces, ¿qué opina usted? —preguntó—. ¿Cómo se debe dirigir una hacienda en los tiempos que corren? —Pues como hace Mijaíl Petróvich: a medias con los campesinos o arrendándoles la tierra. Todo eso es posible, pero con esas medidas se destruye la riqueza común del país. Una tierra que, en tiempos de la servidumbre, con una administración adecuada, rendía nueve veces lo que se sembraba, ahora, a medias, no rinde más que tres. ¡La emancipación ha arruinado Rusia! Sviazhski miró a Levin con ojos risueños y hasta hizo un leve gesto de burla, pero Levin no encontraba divertidas las palabras del propietario. Las entendía mejor que Sviazhski. Muchas de las cosas que dijo después el propietario para demostrar por qué la emancipación había arruinado el país le parecieron atinadas e indiscutibles, además de novedosas. Era evidente que ese hombre estaba exponiendo ideas propias, algo muy poco frecuente, y que esas reflexiones no se las había dictado la necesidad de llenar de algún modo sus momentos de ocio, sino las condiciones de su vida en la soledad de la aldea, analizada desde todos los puntos de vista. —Lo que quiero decir es que no se puede conseguir ningún progreso si no se recurre a la autoridad —apuntó, deseando demostrar que tampoco él carecía de instrucción—. Tomemos, por ejemplo, las reformas de Pedro, de Catalina, de Alejandro. Fíjese en la historia europea. Y esa regla es válida sobre todo para la agricultura. Hasta la patata ha sido introducida por la fuerza. Y no siempre se ha labrado con el arado. Puede que se introdujera en los tiempos del feudalismo, y probablemente también fue necesario recurrir a la fuerza. En nuestra época, durante el régimen de servidumbre, los propietarios introdujimos innovaciones en nuestras haciendas: secadoras, aventadoras, el acarreo del estiércol, aperos de todo tipo. Y todo lo hemos hecho gracias a nuestra autoridad. Los campesinos en un principio se oponían, pero luego acabaron imitándonos. Ahora, una vez abolida la servidumbre, se nos ha arrebatado nuestro poder, y nuestra agricultura, que había alcanzado un alto nivel de desarrollo, volverá a un estado primitivo y salvaje. Ésa es mi opinión. —Pero ¿por qué? Si sus métodos son racionales, puede ponerlos en práctica con la ayuda de jornaleros —dijo Sviazhski—. ¿Y cómo quiere usted que los aplique cuando ya no tenemos autoridad? ¿A quién voy a recurrir? «Aquí es donde aparece la mano de obra, el elemento principal de la agricultura», pensó Levin. —A los jornaleros. —Los jornaleros no quieren trabajar bien ni emplear buenas máquinas. Lo único que saben hacer es emborracharse como cerdos y romper todo lo que se les confía. Dan demasiada agua a los caballos, destrozan los buenos arneses, cambian las ruedas con llantas de hierro por otras y se gastan en bebida la diferencia, meten un tornillo en la trilladora para estropearla. Les repugna todo lo que no se hace a su manera. Por esa razón ha decaído el nivel de la agricultura. Los propietarios abandonan las tierras, dejan que se cubran de maleza o se las entregan a los campesinos, y lo que antes producía millones de fanegas ahora sólo rinde centenares de miles. La riqueza general ha disminuido. Se podría haber hecho lo mismo, pero con un poco más de sensatez... Y pasó a desarrollar su propio plan para la liberación de los siervos, con el que se habrían evitado todos esos inconvenientes. A Levin ese tema no le interesaba; por eso, cuando el propietario terminó su exposición, volvió a su primer argumento y, dirigiéndose a Sviazhski, con el propósito de que expusiera en serio su opinión, dijo: —Es indudable que el nivel de la agricultura ha decaído y que, dadas nuestras relaciones con los campesinos, no hay manera de explotar la hacienda recurriendo a métodos racionales. —Yo no lo veo así —replicó ya en serio Sviazhski—. Lo que pasa es que no sabemos administrar nuestras haciendas. En cuanto al nivel de la agricultura en los tiempos de la servidumbre, no creo que fuera alto, sino extremadamente bajo. No tenemos máquinas, ni buenos animales de labor ni una administración digna de tal nombre. Ni siquiera sabemos llevar las cuentas. Pregúntale a cualquier propietario: no sabrá decirle lo que le reporta beneficios ni lo que le ocasiona pérdidas. —La contabilidad italiana —dijo el propietario con ironía—. Pero, por más cuentas que haga, como se lo estropeen todo, no habrá ninguna ganancia. —¿Y por qué lo van a estropear? Pueden estropear una trilladora que no vale nada o esa apisonadora rusa que tiene usted, pero en ningún caso mi máquina de vapor. Puede que revienten un caballo ruso (¿cómo se llama esa raza? ¿Toscana, no?) al que hay que tirar de la

cola, pero déle usted un percherón o al menos un bituug, y ya verá cómo no lo echa a perder. Y lo mismo pasa con todo. Tenemos que elevar el nivel de nuestras explotaciones. — ¡Si dispusiéramos de medios, Nikolái Ivánovich! Para usted es muy fácil hablar así, pero yo tengo un hijo en la universidad y otros que van al instituto. ¿De dónde quiere que saque el dinero para comprar percherones? —Para eso están los bancos. — ¿Para que me vendan en pública subasta lo poco que me queda? ¡No, gracias! —No estoy de acuerdo en que se pueda y se deba elevar el nivel de nuestra agricultura —intervino Levin—. Yo llevo tiempo intentándolo y, aunque dispongo de medios, no he conseguido nada. Y no sé de qué utilidad pueden ser los bancos. En lo que a mí respecta, por más dinero que he gastado en ganado y maquinaria, no he tenido más que pérdidas. —Es verdad —confirmó el propietario del bigote gris, que hasta se reía de satisfacción. —Y no soy el único —prosiguió Levin—. Puedo nombrar a otros propietarios que dirigen sus haciendas de un modo racional. Todos ellos, salvo raras excepciones, tienen pérdidas. ¿Y qué me dice usted de su finca? ¿Le reporta beneficios? —preguntó a Sviazhski, y acto seguido descubrió en su mirada esa momentánea expresión de temor que siempre advertía cuando quería ir más allá de las habitaciones exteriores de su inteligencia. Además, no era una pregunta muy leal por parte de Levin. Mientras tomaban el té, la dueña de la casa le había confiado que ese verano habían hecho venir de Moscú a un contable alemán que, por quinientos rublos, había revisado las cuentas de la propiedad y había descubierto que las pérdidas ascendían a tres mil rublos y pico. No recordaba la cantidad exacta, pero, por lo visto, el alemán había calculado hasta el último cuarto de kopek. Al oír esa mención a los beneficios de Sviazhski, el propietario sonrió, pues debía de conocer las ganancias que tenía su vecino, mariscal de la nobleza. —Puede que no tenga beneficios —respondió Sviazhski—. Pero eso sólo pondría de manifiesto que soy un mal propietario o que invierto mi capital en aumentar la renta. — ¡Ah, la renta! —exclamó Levin horrorizado—. Tal vez exista renta en Europa, donde la tierra ha mejorado a fuerza de trabajarla, pero en Rusia pasa justo lo contrario: la hemos agotado. En consecuencia, no puede hablarse de renta. — ¿Cómo que no? Es una ley. —Y nosotros estamos fuera de la ley. En nuestro caso la renta no explica nada; al contrario, lo embrolla todo. No, dígame cómo puede la teoría de la renta... — ¿Quieren una cuajada? Masha, tráenos unas cuajadas o unas frambuesas —dijo, dirigiéndose a su mujer—. Es increíble que siga habiendo frambuesas en esta época del año. Y Sviazhski, en un estado de ánimo inmejorable, se levantó y se alejó. Era evidente que daba por terminada la conversación, cuando Levin consideraba que acababa de empezar. Al verse privado de su interlocutor, Levin siguió charlando con el propietario, tratando de demostrarle que todas las dificultades se debían a que no se tenían en cuenta las cualidades y costumbres de los trabajadores. Pero el propietario, como todas las personas que alumbran pensamientos originales en sus largos ratos de soledad, era reacio a admitir las opiniones ajenas y se aferraba apasionadamente a las suyas. Insistía en que el campesino ruso era un cerdo, capaz de vivir sólo en medio de la inmundicia, y en que para sacarle de ese estado se necesitaba autoridad, y, a falta de ésta, un buen palo. Pero, como todos se habían vuelto tan liberales, habían sustituido el palo secular por abogados y cárceles, en las que esos campesinos incapaces y malolientes recibían un buen plato de sopa y tantos metros cúbicos de aire. — ¿Y por qué piensa usted —preguntó Levin, tratando de volver a la cuestión que le interesaba— que no pueden establecerse entre los trabajadores y nosotros unas relaciones que den como resultado un trabajo verdaderamente productivo? — ¡Nunca conseguirá meter en vereda al campesino ruso si no es con el palo! No hay autoridad —respondió el propietario. — ¿Acaso pueden encontrarse nuevas condiciones de trabajo? —intervino Sviazhski, que había vuelto a acercarse a sus invitados después de tomarse una cuajada y encender un cigarrillo—. Todas las relaciones posibles con los trabajadores han sido establecidas y estudiadas —dijo—. Ese vestigio de barbarie, la comuna primitiva con caución solidaria, se está desmoronando por sí sola, el régimen de servidumbre ha desaparecido. Sólo queda el trabajo libre, con sus formas definidas y concretas, que debemos aceptar: braceros, jornaleros, peones. Fuera de eso no hay nada. —Pero Europa no está satisfecha de esas formas. —No está satisfecha y busca otras nuevas. Probablemente las encontrará. —A eso es a lo que me refiero yo —respondió Levin—. ¿Por qué no podemos buscarlas nosotros por nuestra cuenta? —Porque sería como inventar nuevos procedimientos para construir ferrocarriles. Esos procedimientos ya se han inventado y están al alcance de cualquiera. —Pero ¿y si esos procedimientos no nos convienen, si no son razonables? —preguntó Levin. Y volvió a sorprender esa expresión de temor en los ojos de Sviazhski. —Sí, ya podemos lanzar las campanas al vuelo. ¡Hemos encontrado lo que buscaba Europa! Conozco esa vieja canción, pero perdone que le diga una cosa: ¿sabe usted todo lo que se ha hecho en Europa en materia de organización laboral? —No, apenas un poco. —Es una cuestión que ocupa en estos momentos a las mejores cabezas del continente. Por un lado está la escuela de Schulze-Delitzsch... Por otro, la más liberal de Lasalle, con su vasta literatura sobre la cuestión obrera... En cuanto a la organización de Mulhouse, ya es un hecho, como probablemente sepa usted. —Algo he oído, pero no mucho. —Lo dice sólo por decir. Seguro que conoce todo eso tan bien como yo. Naturalmente, no soy ningún profesor de sociología, pero me interesa esa cuestión. Si a

usted le interesa también, debería estudiarla. — ¿Y a qué conclusión han llegado? —Perdone... Los propietarios se levantaron y Sviazhski, parándole los pies a Levin, que una vez más había insistido en su desagradable costumbre de querer traspasar el umbral de su inteligencia, salió a despedir a sus invitados. XXVIII. Levin pasó una velada aburridísima en compañía de las señoras. Le preocupaba más que nunca la idea de que lo insatisfecho que estaba con las labores de la hacienda no era un problema exclusivo suyo, sino general en todo el país; pensaba que la posibilidad de establecer unas relaciones con los obreros que les permitieran trabajar en las mismas condiciones que aquel campesino que había conocido por el camino no era un sueño, sino una cuestión que había que resolver sin falta. Y tenía la impresión de que podía hacerse y que debía intentarse. Después de despedirse de las señoras, no sin antes prometerles que se quedaría todo el día siguiente, para ir juntos a caballo a ver un interesante corrimiento de tierras que se había producido en un bosque del Estado, Levin, de camino a su habitación, entró en el despacho del dueño de la casa para coger unos libros sobre la cuestión obrera que le había ofrecido. El despacho era una habitación enorme, con estanterías a lo largo de las paredes y dos mesas, una maciza, de escritorio, en el centro de la pieza, y otra redonda, con los últimos números de periódicos y revistas en distintos idiomas, dispuestos en forma de estrella alrededor de la lámpara. Al lado del escritorio había un archivador, en cuyos cajones con rótulos dorados se guardaban toda clase de documentos. Sviazhski cogió los libros y se sentó en una mecedora. — ¿Qué mira usted? —le preguntó a Levin, que se había detenido al lado de la mesa redonda y hojeaba una revista—. En ese número viene un artículo muy interesante —añadió, refiriéndose a la revista que Levin tenía en la mano—. Por lo visto —prosiguió, con alegre animación— el príncipe culpable de la partición de Polonia no fue Federico. Por lo visto... Y Sviazhski le refirió en breves palabras, con su peculiar claridad, esas nuevas revelaciones, interesantísimas y de gran importancia. A pesar de que en esos momentos a Levin le preocupaban sobre todo las cuestiones agrícolas, no pudo dejar de preguntarse, mientras le escuchaba: «¿Qué esconderá en su interior? ¿Por qué le interesará la partición de Polonia?». Cuando Sviazhski concluyó su exposición, a Levin se le escapó casi sin darse cuenta: —Bueno, ¿y qué? Pero no pudo sacarle nada más. Todo se reducía a ese «por lo visto». Sviazhski no le explicó, entre otras cosas porque no lo juzgó necesario, qué era lo que encontraba tan interesante en ese artículo. —Pues yo he disfrutado mucho escuchando a ese propietario tan enfadado —dijo Levin, con un suspiro—. Es inteligente y ha dicho muchas cosas que son ciertas. — ¡Ah, por favor! Aunque no lo diga, es un partidario acérrimo del régimen de servidumbre, como todos los demás —exclamó Sviazhski. —De quienes es usted mariscal... —Sí, pero trato de llevarlos en sentido contrario —replicó Sviazhski, sonriendo. —La cuestión que más me preocupa es la siguiente —dijo Levin—. Ese hombre tiene razón cuando afirma que nuestros métodos racionales no funcionan, que sólo prosperan las explotaciones de los usureros, como la de ese tipo tan callado, o las que emplean métodos primitivos. ¿Quién tiene la culpa de eso? —Nosotros mismos, desde luego. Además, no es cierto que nuestros métodos no funcionen. La finca de Vasilchikov prospera. —Sí, pero él tiene una fábrica... —En cualquier caso, no entiendo qué es lo que le sorprende. Dado el grado de desarrollo tan bajo en que se encuentra el pueblo, tanto desde el punto de vista moral como material, es normal que se oponga a cualquier medida nueva. En Europa los métodos racionales funcionan porque el pueblo está educado. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros: educar al pueblo. — ¿Y cómo hacerlo? —Se necesitan tres cosas: escuelas, escuelas y escuelas. —Pero usted mismo acaba de referirse a las precarias condiciones materiales del pueblo. ¿Es que las escuelas contribuirían a mejorarlas? —Sus palabras me recuerdan esa anécdota de un hombre que da consejos a un enfermo: «Tendría usted que tomar un purgante». «Ya lo he probado, y ha sido peor.» «Pruebe con una sanguijuela.» «Ya lo he probado, y ha sido peor.» «Pues no le queda otro remedio que rezar a Dios.» «Ya lo he probado, y ha sido peor.» Lo mismo pasa con nosotros. Yo le menciono la economía política, y usted dice que es peor. Si me refiero al socialismo, me contesta en los mismos términos. Y, si saco a colación la educación, recibo idéntica respuesta. — ¿Y en qué pueden ayudar las escuelas? —Crearán nuevas necesidades. —Eso es algo que jamás he podido comprender —objetó Levin, acalorándose—. ¿Cómo van a contribuir las escuelas a que mejoren las condiciones materiales del pueblo? Dice usted que las escuelas y la educación crearán nuevas necesidades. Pues tanto peor, porque los campesinos no encontrarán los medios de satisfacerlas. Aprenderán a sumar, a restar, a recitar el catecismo, pero ¿acaso va a hacer eso que mejore su situación material? La verdad es que no lo entiendo. Anteayer, a la caída de la tarde, me encontré con una mujer que llevaba un niño de pecho en brazos y le pregunté de dónde venía. «Llevé al niño a que lo viera la curandera, porque no paraba de gritar», me respondió. «¿Y qué ha hecho para curarlo?» «Lo ha puesto en la pértiga del gallinero y ha murmurado unas palabras.» — ¡Usted mismo lo dice! Para que no lleven a los niños a que los vean las curanderas se necesita... —dijo Sviazhski con una alegre sonrisa. — ¡Ah, no! —le interrumpió Levin con enfado—. En mi opinión, no hay la menor diferencia entre esos tratamientos y el remedio de las escuelas. La pobreza e incultura del pueblo es un dato tan evidente para nosotros como la enfermedad del niño para la campesina. Pero pretender acabar con esos

males, la pobreza y la incultura, por medio de las escuelas me parece tan absurdo como los remedios de la curandera para sanar a ese niño. Lo que hay que hacer es acabar con las causas de esa pobreza. —En ese particular, al menos, coincide usted con Spencer, por quien tanta antipatía siente. También él sostiene que la educación debe ser el resultado de una mejora en las condiciones de vida y los niveles de bienestar, de una mayor higiene, como dice él, y que poco importa que los campesinos sepan leer y contar... —Pues me alegra mucho coincidir con Spencer; o, mejor dicho, lo lamento. Pero hay una cosa de la que estoy convencido desde hace tiempo: las escuelas no servirán de ninguna ayuda. Sólo podrán ser útiles cuando se alcance un grado de desarrollo económico que permita al pueblo ser más rico y tener más tiempo libre. Entonces podremos empezar a pensar en las escuelas. —Sin embargo, la enseñanza se ha vuelto obligatoria en toda Europa. —Entonces, ¿está usted de acuerdo con Spencer en ese punto? —preguntó Levin, advirtiendo de nuevo esa expresión de temor en los ojos de Sviazhski, que esbozó una sonrisa y dijo: — ¡Me ha gustado mucho esa historia de la campesina! ¿Y lo oyó usted con sus propios oídos? Levin se dio cuenta de que jamás encontraría un vínculo entre los pensamientos de ese hombre y su forma de vida. Era evidente que no le importaban las conclusiones a que pudieran llevarle sus razonamientos: lo único que le importaba era el proceso mismo de pensar. Y, como no le gustaba que sus reflexiones pudieran conducirle a un callejón sin salida, procuraba cambiar de conversación, buscando temas más alegres y agradables. Todas las impresiones de ese día causaron en Levin una profunda agitación: el campesino viejo, que parecía la causa principal de todas sus reflexiones e ideas; el bueno de Sviazhski, con sus pensamientos para exponer en público y sus convicciones secretas, una de esas personas, cuyo número es legión, que guían la opinión pública por medio de razonamientos ajenos; el propietario enfadado, tan acertado en sus juicios, fruto de la experiencia, como errado en ese desprecio de una clase entera, la mejor de Rusia; el regusto amargo que le dejaban sus propias actividades y la vaga esperanza de encontrar un remedio: todo eso se fundía en un sentimiento de inquietud interior, en un anhelo de solución inminente. Levin se retiró a la habitación que le habían destinado y pasó mucho tiempo despierto, tendido sobre el colchón de muelles, que se estremecía cada vez que movía un brazo o una pierna. Ninguna de las palabras de Sviazhski, a pesar de que había dicho muchas cosas inteligentes, le había interesado. Pero los argumentos del propietario merecían unos instantes de reflexión. Sin apenas darse cuenta, Levin fue repasando cada una de las intervenciones de ese hombre, y corrigiendo mentalmente las respuestas que le había dado. «Sí, esto es lo que tendría que haberle dicho: afirma usted que la agricultura no funciona porque el campesino detesta las innovaciones y que hay que imponerlas a la fuerza. Tendría usted razón si la agricultura no funcionara sin esas innovaciones, pero el caso es que prospera cuando el campesino se atiene a sus costumbres, como el viejo al que conocí por el camino. El fracaso de su finca y de la mía demuestra que los culpables somos nosotros, no los trabajadores. Hace tiempo que hacemos las cosas a nuestra manera, a la manera europea, sin preocuparnos por las cualidades de la mano de obra. Tratemos de ver en la mano de obra no una fuerza teórica, sino al campesino ruso con sus instintos, y organicemos nuestras haciendas con arreglo a ello. Imagínese, tendría que haberle dicho, que dirige usted su hacienda como ese viejo, que hubiera encontrado el modo de interesar a los trabajadores en el éxito de la empresa y de introducir las innovaciones que están dispuestos a aceptar; en ese caso, sin necesidad de agotar la tierra, obtendría dos o tres veces más que antes. Divídalo en dos y entregue la mitad a los trabajadores. De ese modo, su beneficio será mayor y también el de ellos. Pero, para conseguirlo, hay que bajar el nivel de la agricultura e interesar a los trabajadores en el éxito de los cultivos. ¿Cómo se puede conseguir eso? Es una cuestión de detalles, pero no cabe duda de que es posible.» Esa idea causó en Levin una enorme agitación. Pasó la mitad de la noche analizando los detalles que permitirían la puesta en práctica de ese proyecto. Aunque en un principio no tenía intención de marcharse al día siguiente, ahora decidió que partiría por la mañana temprano. Además, la cuñada de Sviazhski, con su vestido escotado, le había hecho sentirse avergonzado y arrepentido, como si hubiera cometido una mala acción. Y, sobre todo, tenía que llegar cuanto antes a su finca para proponerles a los campesinos su nuevo proyecto, pues quería ponerlo en práctica cuando llegara el momento de sembrar el trigo de invierno. Había decidido cambiar por completo su manera de explotar la finca. XXIX. La ejecución de ese plan presentaba muchas dificultades, pero Levin puso todo su empeño. No logró todo lo que se proponía, pero al menos pudo decirse, sin engañarse a sí mismo, que el esfuerzo había merecido la pena. Uno de los principales obstáculos consistía en que las labores estaban en pleno apogeo; en suma, no podía pararlo todo y empezar desde el principio: tenía que cambiar las cosas sobre la marcha. La misma tarde en que regresó a su casa, comunicó sus planes al administrador, que aprobó con satisfacción evidente la parte de su discurso que demostraba que todo lo que se había hecho hasta entonces era absurdo y desventajoso. El administrador replicó que se lo llevaba diciendo mucho tiempo y que no había querido escucharle. En cuanto a la propuesta de Levin, que le ofrecía participar como socio, junto con los trabajadores, en la explotación de la finca, el administrador se limitó a responder con aire abatido, sin expresar ninguna opinión definida. Acto seguido se puso a hablar de que era necesario

transportar al día siguiente los últimos haces de centeno y proceder a arar la tierra por segunda vez. Levin entendió la indirecta: no era el momento oportuno para hablar de la cuestión. Al hablar con los campesinos de la misma cuestión y ofrecerles el arriendo de la tierra bajo condiciones nuevas, Levin se topó de nuevo con la misma dificultad: estaban tan ocupados con las labores del día que no tenían tiempo para pensar en las ventajas y los inconvenientes de la proposición. Un mujik ingenuo, Iván el vaquero, pareció entender plenamente la propuesta de Levin —participar con su familia en los beneficios de la vaquería— y acogerla de buen grado. Pero, cuando Levin pasó a exponerle las ventajas de que gozaría en el futuro, el rostro de Iván expresó inquietud, y a continuación lamentó no poder escucharle hasta el final, pues tenía que ocuparse de alguna tarea que no admitía demoras: echar heno a las vacas, sacar agua o barrer el estiércol. Otro de los obstáculos con los que chocaba era la desconfianza inveterada de los campesinos, en cuya cabeza no podía entrar que el amo tuviera más objetivos que sacarles lo más posible. Estaban firmemente convencidos de que, por más que les dijera, jamás les revelaría su auténtico propósito. Y ellos mismos, al exponer sus argumentos, decían muchas cosas, pero nunca lo que pensaban de verdad. Además (Levin se daba cuenta de que el propietario bilioso tenía razón), había una condición previa e indispensable para llegar a algún tipo de acuerdo: que no se les obligara a aceptar nuevos métodos agrícolas ni a emplear herramientas nuevas. Reconocían que el arado moderno tenía sus ventajas, que el escarificador daba buenos resultados, pero ponían mil excusas para no utilizarlos. Levin estaba persuadido de que había que rebajar el nivel de la agricultura, pero le daba pena renunciar a algunas innovaciones cuyos beneficios eran tan evidentes. No obstante, a pesar de todas esas dificultades, se salió con la suya, y a partir del otoño el nuevo plan empezó a funcionar, o al menos tal era su impresión. En un principio Levin pensó en arrendar toda la finca, tal como estaba, a los campesinos, a los jornaleros y al administrador en las nuevas condiciones de compañerismo, pero pronto se convenció de que no era posible y decidió dividirla. Las cuadras, el jardín, la huerta, los prados y los campos, fraccionados en varias parcelas, debían constituir lotes separados. Iván el vaquero, aquel mujik ingenuo, que en opinión de Levin era quien mejor entendía el asunto, eligió asociarse principalmente con miembros de su propia familia y se ocupó de las cuadras. Seis familias de campesinos, unidos en cooperativa, y un inteligente carpintero, Fiódor Rezunov, se hicieron cargo de unas tierras lejanas, abandonadas desde hacía ocho años e invadidas por las malas hierbas. Por su parte, el campesino Shuráiev arrendó las huertas en las mismas condiciones. Lo demás quedó como antes, pero esos tres lotes fueron el comienzo del nuevo sistema de explotación y reclamaron toda la atención de Levin. Ciertamente que en las cuadras las cosas no iban mejor que antes, y que Iván se oponía con todas sus fuerzas a caldear los establos y a elaborar mantequilla con nata fresca, pues era de la opinión de que las vacas, con el frío, requerían menos pienso y que la mantequilla de crema agria era más fácil de hacer. Además, exigía el mismo salario de antes, y parecía no darse cuenta de que el dinero que recibía no era un sueldo, sino un adelanto sobre su parte de los beneficios. Ciertamente que el grupo de Fiódor Rezunov no aró el campo dos veces antes de sembrar, como habían convenido, alegando que disponían de poco tiempo. Ciertamente que los mujiks de ese grupo, aunque habían aceptado trabajar la tierra con las nuevas condiciones, no la consideraban común, sino arrendada a medias, y varios de ellos, entre ellos el propio Rezunov, le habían dicho a Levin en más de una ocasión: «Si quisiera usted cobrar una cantidad por la tierra, estaría más tranquilo y nosotros nos sentiríamos más libres». Además, esos mujiks, sirviéndose de diversos pretextos, seguían posponiendo la construcción del establo y el cobertizo que habían prometido levantar antes del invierno. Ciertamente que Shuráiev pretendía dividir en parcelas las huertas que le había arrendado y subarrendárselas a los campesinos. Por lo visto no había comprendido en absoluto las condiciones del trato, aunque cabía la sospecha de que ese malentendido fuera intencionado. Ciertamente que, cuando hablaba con los campesinos para explicarles las ventajas de la empresa, Levin solía reparar en que le escuchaban sin apenas prestarle atención, firmemente convencidos de que, dijera lo que dijera, no se dejarían engatusar. Esa percepción se hacía particularmente intensa cuando hablaba con el campesino más inteligente, Rezunov, y descubría en sus ojos ese destello que le revelaba con toda claridad que se estaba burlando de él y que albergaba el firme convencimiento de que, si alguien resultaba engañado, no sería él. No obstante, a pesar de todo eso, Levin creía que su nuevo plan funcionaba y que, con perseverancia y una contabilidad estricta, les demostraría las ventajas de su sistema, y entonces las cosas marcharían por sí solas. Estos asuntos, así como la administración de la parte de la hacienda que había quedado en sus manos y la composición de su libro, lo tuvieron tan ocupado a lo largo de todo ese verano que apenas tuvo tiempo para ir de caza. A finales de agosto se enteró, por medio de un criado que había ido a devolverle la silla, que los Oblonski habían regresado a Moscú. Comprendió que, al no responder a la carta de Daria Aleksándrovna —grosería que no podía recordar sin enrojecer de vergüenza— había quemado sus naves, que nunca podría volver a visitarlos. Había actuado de la misma manera con Sviazhski, pues se había marchado sin despedirse. Tampoco volvería a poner el pie en su casa. Ahora todo eso le traía sin cuidado. Jamás en su vida una actividad le había obsesionado tanto como las tareas relacionadas con la nueva

organización de su hacienda. Leyó los libros que le había prestado Sviazhski, encargó otros que no tenía, y emprendió el estudio de obras de economía política y socialistas, pero, como suponía, no encontró nada relacionado con la tarea que había emprendido. En los libros de economía política, por ejemplo, los de Mill, que Levin había leído en un principio con apasionamiento, esperando hallar a cada momento la solución a las cuestiones que le preocupaban, sólo encontró leyes deducidas de la situación de la agricultura en Europa; pero no entendía por qué esas leyes, inaplicables en Rusia, deberían tener un carácter universal. Tampoco acababa de entender los libros socialistas. O bien eran hermosas fantasías irrealizables, como las que tanto le habían entusiasmado en sus tiempos de estudiante, o correcciones y enmiendas a la situación económica de Europa, con la que el sistema agrícola ruso no tenía nada que ver. La economía política afirmaba que las leyes que habían propiciado y seguían propiciando la riqueza de Europa eran generales e irrefutables. Las teorías socialistas consideraban que la aplicación de esas leyes llevaría a la ruina. Ni unos ni otros ofrecían, no ya una respuesta, sino la menor alusión de lo que Levin, los campesinos rusos y los propietarios debían hacer para que sus millones de brazos y de hectáreas contribuyeran al bienestar común. Una vez metido en faena, Levin leyó concienzudamente todo lo relacionado con el objeto de su obra y planeó viajar al extranjero en otoño para estudiar el asunto sobre el terreno y evitar que le sucediese con esa cuestión lo que tantas veces le había ocurrido con otras. En cuanto empezaba a comprender el pensamiento de su interlocutor y a exponer el suyo, solían decirle: «¿Y Kaufmann y Jones, y Dubois y Miccelli? No los ha leído usted. Léalos. Se han ocupado a fondo de esta cuestión». Ahora veía con claridad que Kaufmann y Miccelli no tenían nada que decirle. Sabía lo que quería. Veía que Rusia disponía de unas tierras excelentes y de unos trabajadores magníficos, y que en algunos casos, como sucedía con aquel viejo campesino al que había conocido por el camino, tanto la tierra como los trabajadores rendían mucho, pero la mayoría de las veces, cuando se empleaba el capital a la manera europea, los resultados eran pobres, porque los braceros querían trabajar y sólo trabajaban bien a su manera. Esa resistencia no era un fenómeno casual, sino constante, que hundía sus raíces en el espíritu mismo del pueblo. Pensaba que el pueblo ruso, llamado a poblar y cultivar inmensos espacios deshabitados, se había atenido conscientemente a los procedimientos que necesitaba para colonizar toda la tierra, y que esos procedimientos no eran tan malos como solía creerse. Y eso era lo que pretendía demostrar, de una manera teórica en su libro y de una manera práctica en su hacienda. XXX. A finales de septiembre llevaron la madera para construir la cuadra en las tierras cedidas a la cooperativa de Rezunov, se vendió la mantequilla de leche de vaca y se repartieron los beneficios. El aspecto práctico de la empresa iba a pedir de boca, o al menos eso pensaba Levin. Y para exponer la cuestión teóricamente y acabar de escribir su obra, que creía destinada no sólo a producir una revolución en el campo de la economía política, sino a destruir por completo esa ciencia y propiciar el nacimiento de otra nueva, basada en las relaciones de los campesinos con la tierra, únicamente necesitaba viajar al extranjero, estudiar sobre el terreno cuanto se había hecho en esa dirección y encontrar pruebas fehacientes de la inutilidad de todo lo realizado. Sólo esperaba que se vendiera el trigo para cobrar el dinero y marcharse. Pero empezaron las lluvias, que impidieron que se recogieran el grano y las patatas que aún quedaban en los campos, interrumpieron todos los trabajos y aplazaron incluso la venta del trigo. Los caminos se volvieron impracticables; dos molinos fueron arrastrados por las aguas, y el tiempo no hacía más que empeorar. El 30 de septiembre amaneció despejado. Confiando en que el tiempo mejorara, Levin inició los preparativos para la marcha. Ordenó que pesaran el trigo, mandó al administrador a casa del comprador para que le entregara el dinero y salió a recorrer la finca para dar las últimas disposiciones antes de su partida. Una vez cumplidos todos sus cometidos, calado hasta los huesos, pues el agua caía a chorros sobre su zamarra de cuero y se filtraba por el cuello y las aberturas de las botas, pero muy animado y de un humor excelente, regresó a casa, ya a la caída de la tarde. El tiempo empeoró aún más por la noche. El granizo impactaba con tanta fuerza en el caballo empapado que éste avanzaba de lado, sacudiendo las orejas y la cabeza, pero Levin iba bien bajo su capucha y contemplaba con alegría tan pronto los turbios arroyos que corrían por las rodadas como las gotas que colgaban de cada rama despojada, las manchas blancas del granizo sin derretir en las tablas del puente o las hojas de los olmos, aún frescas y jugosas, que formaban una espesa capa al pie de un tronco desnudo. A pesar de ese panorama tan sombrío, se sentía especialmente animado. Las conversaciones que había tenido con los campesinos de una aldea lejana le habían demostrado que empezaban a acostumbrarse al nuevo orden de cosas. Además, el viejo guarda en cuya casa había entrado para secarse, parecía aprobar su plan, pues le había propuesto que le aceptara como socio para la compra de animales de labor. «Si sigo perseverando, al final alcanzaré mi objetivo —pensaba Levin—. Merece la pena trabajar y esforzarse. No es el interés personal lo que me mueve, sino el bien común. La agricultura en su conjunto y, sobre todo, la situación del pueblo deben cambiar por completo. En lugar de pobreza, habrá bienestar y prosperidad generalizados. En lugar de hostilidad, concordia y comunidad de intereses. En resumidas cuentas, será una revolución, una revolución incruenta, pero de enorme calado, que afectará primero al

reducido círculo de nuestro distrito, luego a la provincia, más tarde a Rusia y por último al mundo entero. Porque una idea justa no puede dejar de ser fructífera. Sí, por un objetivo como ése merece la pena trabajar. Y poco importa que el artífice sea yo, Kostia Levin, el mismo que acudió al baile con una corbata negra, el mismo que fue rechazado por la princesa Scherbátskaia, ese individuo que se siente tan insignificante y digno de lástima. Estoy convencido de que Franklin, cuando repasaba su vida, se sentía tan insignificante e inseguro como yo. Eso no significa nada. Es probable que también él tuviera su propia Agafia Mijáilovna, a la que confiaba sus proyectos.» Sumido en tales reflexiones, Levin llegó a la casa cuando ya había anochecido. El administrador había ido a ver al comprador del trigo y había regresado con parte del dinero. Además de cerrar un trato con el guarda, se había enterado por el camino de que el trigo seguía sin recoger en todas partes, de manera que los ciento sesenta almiares de Levin que aún quedaban en el campo no eran nada en comparación con lo que habían perdido los demás. Después de cenar, se sentó en su butaca con un libro en la mano, como tenía por costumbre, y, mientras leía, siguió pensando en el inminente viaje y en su relación con el libro. Ese día veía con especial claridad la importancia de lo que estaba haciendo, e iba hilvanando en su cabeza párrafos enteros en los que exponía la esencia de su pensamiento: «Tengo que anotarlo —se dijo—. Me valdrá para esa breve introducción que antes consideraba innecesaria.» En el momento en que se levantaba para dirigirse al escritorio, Laska, que estaba tendida a sus pies, se incorporó también, y, después de estirarse, le miró, como preguntándole adonde tenía que ir. Pero no tuvo tiempo de ponerse a escribir porque en ese momento se presentaron en el vestíbulo los capataces, y Levin tuvo que salir a su encuentro para dar las disposiciones oportunas. Después de exponer a los capataces el plan para el día siguiente y de recibir a los campesinos que tenían que tratar algún asunto con él, pasó a su despacho y se puso a trabajar. Laska se tumbó debajo de la mesa. Agafia Mijáilovna se sentó en su lugar de siempre a hacer calceta. Tras pasar un rato escribiendo, Levin se acordó de pronto de Kitty con extraordinaria viveza, de su rechazo y de su último encuentro. Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación. —No hay razón para que se aburra usted —le dijo Agafia Mijáilovna—. A ver, ¿por qué pasa tanto tiempo en casa? Ya está todo preparado, así que ¿por qué no se va a tomar las aguas? —Me iré pasado mañana, Agafia Mijáilovna. Pero antes tengo que ocuparme de unos asuntos. — ¡Ah! ¿Qué asuntos? ¡Como si no hubiera hecho ya suficiente por los campesinos! No en vano dicen: «A nuestro amo lo va a recompensar el zar». Lo que no entiendo es por qué se preocupa tanto por ellos. —No me preocupo por ellos. Lo hago por mí. Agafia Mijáilovna conocía al detalle todos los planes de Levin para la explotación de la hacienda. Levin solía hablarle con pelos y señales de sus proyectos y a menudo discutía con ella, descontento de los comentarios que le hacía. Pero esta vez la buena mujer interpretó sus palabras en un sentido completamente distinto del que él les había dado. —Ya se sabe, el hombre debe pensar ante todo en su propia alma —dijo con un suspiro—. Ahí tiene usted a Parfén Denísich —añadió, refiriéndose a un criado que había muerto hacía poco—. Sería analfabeto, pero ojalá nos conceda Dios una muerte como la suya. Comulgó y le dieron la extremaunción. —No me refiero a eso —dijo Levin—. Lo que quiero decir es que lo hago en mi propio beneficio. Es más rentable para mí que los campesinos trabajen mejor. —Por mucho que haga usted, los vagos seguirán sin dar un palo al agua. Los que tienen conciencia trabajarán; y los que no, no harán nada. ¡Eso no se puede cambiar! — ¿No dice usted misma que Iván cuida mejor del ganado ahora? —Lo único que digo es que debería usted casarse —contestó Agafia Mijáilovna. Era evidente que no estaba diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza, sino que seguía el curso lógico de sus propias reflexiones. A Levin le apenó y le ofendió que Agafia Mijáilovna aludiera a la misma cuestión en la que él había estado pensando. Frunció el ceño y, sin contestarle, volvió a sentarse a la mesa y retomó su trabajo, no sin antes repetirse que esa tarea tenía una enorme importancia. Sólo de vez en cuando escuchaba en el silencio el susurro de las agujas de Agafia Mijáilovna y, recordando lo que deseaba olvidar, volvía a fruncir el ceño. A las nueve se oyó un rumor de campanillas y el sordo traqueteo de un coche rodando por el barro. —Vaya, parece que viene alguna visita. Así no se aburrirá usted —dijo Agafia Mijáilovna, levantándose y dirigiéndose a la puerta. Pero Levin se le adelantó. Su trabajo no avanzaba en esos momentos, y se alegraba de tener un invitado, fuera quien fuera. XXXI. Al llegar a la mitad de la escalera, Levin oyó en el vestíbulo una tosecilla conocida; pero el rumor de pasos le impidió distinguirla con claridad, y albergó la esperanza de haberse equivocado. Luego vio una silueta larga y huesuda que le resultaba familiar. Ya no era posible equivocarse, pero de todos modos seguía negándose a creer que ese hombre alto que se estaba quitando la pelliza y que no paraba de toser era su hermano Nikolái. Levin quería a su hermano, pero convivir con él siempre le había parecido un tormento. Ahora, bajo la influencia de las ideas que le habían venido a la cabeza y las palabras de Agafia Mijáilovna, se sentía confuso y desorientado, y una entrevista con su hermano se le antojaba especialmente penosa. En lugar de un visitante rebosante de alegría y de salud, de una persona extraña que, así lo esperaba, lo arrancara por unos instantes de sus incertidumbres, le aguardaba una conversación con su hermano, que lo comprendía a fondo, que removería sus pensamientos más profundos y le obligaría a sincerarse, algo de lo que no tenía la menor gana.

Reprochándose esas consideraciones tan mezquinas, bajó corriendo al vestíbulo. En cuanto vio de cerca a su hermano, el sentimiento de contrariedad desapareció como por arte de magia, dejando paso a una honda piedad. Por terribles que fuesen antes la delgadez y el aire enfermizo de su hermano, no eran nada en comparación con el aspecto demacrado y extenuado que tenía ahora. No era más que un esqueleto cubierto de piel. Estaba de pie en el vestíbulo, sacudiendo su cuello largo y fino para quitarse la bufanda, y sonreía de un modo lastimero y extraño. Al ver esa sonrisa, humilde y sumisa, Levin sintió que se le hacía un nudo en la garganta. —Por fin me tienes aquí—dijo Nikolái con voz sorda, sin apartar los ojos ni por un segundo del rostro de su hermano—. Hace tiempo que quería venir, pero mi salud no me lo permitía. Ahora me encuentro mucho mejor—dijo, enjugándose la barba con sus manos grandes y descarnadas. — ¡Sí, sí! —respondió Levin. Y su espanto fue aún mayor cuando, al besar a su hermano, sintió en sus labios la piel seca y vio de cerca el brillo extraño de esos ojos enormes. Unas semanas antes Konstantín Levin le había escrito a Nikolái que había vendido una pequeña parte de la herencia que quedaba sin dividir, y que podía cobrar la cantidad que le correspondía, unos dos mil rublos. Nikolái le dijo que venía a recoger ese dinero y, sobre todo, a pasar unos días en su antiguo nido y tocar la tierra para recobrar las fuerzas, como los paladines de antaño, antes de afrontar los retos que le esperaban. A pesar de la pronunciada curvatura de su espalda y de su pasmosa delgadez, tan poco acorde con su estatura, sus movimientos seguían siendo rápidos y bruscos. Levin lo condujo al despacho. Nikolái se cambió de ropa con especial cuidado, algo que antes no solía hacer, se peinó sus cabellos ralos y lacios y, sonriendo, subió al piso de arriba. Se mostraba alegre y cariñoso, como Levin lo recordaba en su infancia. Hasta mencionó el nombre de Serguéi Ivánovich sin rencor. Al ver a Agafia Mijáilovna, bromeó con ella y le preguntó por los antiguos criados. La noticia de la muerte de Parfén Denísich le causó una impresión desagradable. En su rostro se reflejó una expresión de temor, pero se dominó en seguida. —Ya era muy viejo—dijo, y cambió de tema—. Me quedaré aquí un par de meses y luego me iré a Moscú. ¿Sabes que Míágov me ha prometido una colocación? Así que voy a ingresar en la administración. Voy a organizar mi vida de una manera completamente distinta—prosiguió—. ¿Sabes que me he separado de esa mujer? — ¿Te refieres a María Nikoláievna? ¿Y por qué razón? — ¡Ah, era insoportable! No sabes los disgustos que me ha dado—exclamó, pero no entró en detalles. No podía decirle que la había echado porque le servía un té demasiado flojo y, sobre todo, porque le atendía como a un enfermo—. Además, quiero cambiar de vida de manera radical. Naturalmente, he cometido muchas tonterías, como todo el mundo, pero el dinero es lo que menos me preocupa, así que no me arrepiento. Lo importante es tener salud. Y, gracias a Dios, me encuentro mucho mejor. Levin escuchaba y pensaba en lo que podría decirle, pero no se le ocurría nada. Nikolái, a quien seguramente le pasaba lo mismo, empezó a preguntarle por sus asuntos. Levin, contento de hablar de sí mismo, pues así no tenía que recurrir a disimulos, le habló a su hermano de sus proyectos y de sus actividades. Nikolái le escuchaba, pero era evidente que esas cosas no le interesaban. Los dos hombres eran tan afines y se conocían tan bien que el menor gesto o el tono de su voz les decía mucho más de lo que pudieran expresar con palabras. En esos momentos los dos estaban pensando en lo mismo, en la enfermedad y la muerte inminente de Nikolái, y ese presentimiento ahogaba cualquier otra consideración. Ni uno ni otro se atrevía a mencionar esa cuestión, la única que en verdad les interesaba, y todo lo que decían sonaba a falso. Levin nunca se había alegrado tanto de que llegara la noche y fuera preciso irse a la cama. Nunca ante ningún extraño, ni siquiera en el caso de una visita oficial, se había mostrado tan poco sincero y natural. Levin se daba cuenta, y los remordimientos que sentía le ofuscaban aún más. Tenía ganas de llorar por su querido hermano, ya con un pie en la tumba, y sin embargo debía escuchar sus comentarios sobre la nueva vida que pensaba llevar. Como la casa era húmeda y sólo una habitación estaba caldeada, Levin instaló a su hermano en su propio dormitorio, detrás de un biombo. Nikolái se tumbó. Ya estuviera dormido o despierto, se revolvía en la cama como un enfermo, tosía y, cuando no podía expectorar, refunfuñaba. De vez en cuando, con un profundo suspiro, decía: «¡Ah, Dios mío!». En otras ocasiones, cuando las flemas le ahogaban, murmuraba irritado: «¡Ah, diablos!». Levin estuvo escuchándole largo rato, sin poder dormirse. Le asaltaban los pensamientos más diversos, pero todos tenían un vínculo común: la idea de la muerte. La muerte, fin inevitable de todo, se le presentaba por primera vez con toda su fuerza irresistible. Y esa muerte, que estaba allí, en el cuerpo de su querido hermano, que se quejaba en sueños, invocando por costumbre, sin distinción alguna, tan pronto a Dios como al diablo, no estaba tan lejos como le había parecido antes. Estaba también en él, la sentía. ¿Qué más daba que en lugar de venir hoy viniera mañana o dentro de treinta años? ¿Y qué era en realidad esa muerte inexorable? No lo sabía; ni siquiera lo había pensado, jamás había tenido el valor suficiente para preguntárselo. «Con tanto trabajo y tantas actividades me he olvidado de que todo termina, de que hay que morir.» Estaba sentado en la cama, rodeado de penumbras, encorvado, con los brazos alrededor de las rodillas, tan concentrado en sus pensamientos que involuntariamente contenía la respiración. Pero, cuanto más se esforzaba en comprender, más claro le parecía que las cosas eran así; que, al considerar su vida, se había olvidado

de un pequeño detalle; a saber, que un día llegaría la muerte y acabaría con todo, que no merecía la pena emprender nada, que no había escapatoria posible. Sí, era horrible, pero era así. «No obstante, todavía estoy vivo. ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer?», se decía, desesperado. Encendió una vela, se levantó con mucho cuidado, se acercó al espejo y se puso a contemplar su cara y sus cabellos. Sí, ya despuntaban canas en las sienes. Abrió la boca. Las muelas empezaban a cariarse. Descubrió sus musculosos brazos. Sí, tenía mucha fuerza. Pero también Nikolái, que respiraba afanosamente con sus pulmones destrozados, había tenido un cuerpo sano. Y de pronto recordó sus tiempos de niños, cuando se iban a dormir juntos y sólo esperaban que Fiódor Bogdánovich saliera de la habitación para tirarse las almohadas y estallar en ruidosas carcajadas, dominados por un entusiasmo tan incontenible que ni siquiera el miedo a Fiódor Bogdánovich podía reprimir esa explosión desbordante de alegría vital. «Y ahora ese pecho hundido y vacío... Y yo preguntándome qué va ser de mí...» — ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ah, demonios! ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no duermes? —le preguntó su hermano. —No lo sé. Estoy desvelado. —Pues yo he dormido bien. Ahora ya no sudo. Ven, toca la camisa. ¿Verdad que no está húmeda? Después de hacer lo que le decía, Levin pasó al otro lado del biombo y apagó la vela, pero tardó mucho tiempo en dormirse. Apenas había aclarado un poco la cuestión de cómo había que vivir, cuando de pronto surgía ese otro problema insoluble: la muerte. «Sí, se está muriendo; morirá en la primavera. ¿Qué podría hacer para ayudarlo? ¿Qué podría decirle? ¿Y qué sé yo de todo eso? Hasta me había olvidado de que hay que morir.» XXXII. Levin había observado hacía tiempo que, cuando las personas extreman su humildad y su condescendencia, al final acaba produciéndose una especie de reacción; entonces se vuelven insoportables con sus exigencias excesivas y su susceptibilidad. Tenía la impresión de que algo así le sucedería a su hermano. Y, en efecto, la mansedumbre de Nikolái no duró mucho. A la mañana siguiente se mostró irritado y no perdió oportunidad de meterse con su hermano, hiriéndole en los puntos más sensibles. Levin se sentía culpable, pero no podía hacer nada para arreglar la situación. Se daba cuenta de que si ambos no hubieran fingido, si hubieran hablado con el corazón en la mano, como suele decirse, esto es, expresando lo que de verdad pensaban y sentían, se habrían mirado a los ojos, y Konstantín habría exclamado: «¡Te vas a morir, te vas a morir, te vas a morir!». A lo que Nikolái habría respondido: «Ya lo sé. ¡Y tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo!». Si hubieran hablado con el corazón en la mano, no habría sido necesario añadir nada más. Pero, como esa sinceridad no resultaba posible, Konstantín se esforzaba en decir algo distinto de lo que pensaba. Esta táctica, tan importante en la vida, y que algunas personas, como había tenido ocasión de comprobar, dominaban a la perfección, a él nunca se le había dado bien. Se daba cuenta de que sus comentarios sonaban a falso y de que su hermano lo adivinaba y se enfadaba. Al tercer día Nikolái le pidió a su hermano que le expusiera de nuevo su plan, y no sólo empezó a criticarlo, sino que pretendió confundirlo con el comunismo. —Has tomado una idea ajena, la has distorsionado y ahora quieres aplicarla allí donde no se puede aplicar. —Pero si ya te he dicho que no tiene nada que ver con el comunismo. Los comunistas niegan la justicia de la propiedad, del capital y de la herencia, mientras que yo, sin negar esos importantes estímulos —a Levin le desagradaba emplear esas palabras, pero, desde que se había enfrascado en su trabajo, había empezado a utilizar cada vez más a menudo, sin apenas darse cuenta, palabras de origen extranjero —, sólo quiero regular el trabajo. —O sea, que has tomado una idea ajena, la has privado de todo lo que constituía su fuerza y pretendes que se trata de algo nuevo —dijo Nikolái, arreglándose con gestos destemplados el nudo de la corbata. —Pero si mi idea no tiene nada que ver... —Al menos el comunismo —dijo Nikolái Levin con un brillo maligno en los ojos y una sonrisa irónica— tiene un encanto geométrico, por decirlo de alguna manera. Es claro e inequívoco. Puede que sea una utopía. No obstante, si fuera posible hacer tábula rasa del pasado, erradicar la propiedad y la familia, podría organizarse el trabajo de otra manera. Pero en tu idea no hay nada... —¿Por qué mezclas las cosas? Yo nunca he sido comunista. —Pues yo sí, y considero que es una idea prematura, pero razonable, y que tiene futuro, como el cristianismo en los primeros siglos. —Lo único que digo es que la mano de obra debe considerarse desde el punto de vista de las ciencias naturales; es decir, hay que estudiarla, reconocer sus propiedades y... —No tiene ningún sentido. Esa fuerza encuentra por sí misma, a medida que se desarrolla, una determinada manera de actuar. En todas partes ha habido esclavos, luego aparceros. En nuestro país contamos con medianeros y jornaleros; existe también el arrendamiento. ¿Qué más quieres? Al oír esas palabras, Levin se acaloró de pronto, porque en el fondo de su alma temía que su hermano pudiera tener razón. Era posible que hubiera intentado combinar el comunismo y las formas existentes, algo bastante difícil de conseguir. —Busco una forma de trabajar que sea provechosa tanto para mí como para los braceros. Quiero construir... —replicó con acaloramiento. —No quieres construir nada. Simplemente quieres pasar por original, como has hecho toda tu vida, demostrar que no eres un mero explotador de los campesinos, que te mueve una idea. —Bueno, si eso es lo que piensas, es mejor que lo dejemos —respondió Levin, sintiendo que le temblaba el músculo de la mejilla izquierda, sin que pudiera remediarlo. —No tienes convicciones. No las has tenido nunca. Lo único que buscas es satisfacer tu propia vanidad.

— ¡Vale, muy bien, pero déjame en paz! — ¡Ya te dejo! ¡Debería haberlo hecho hace mucho tiempo! ¡Vete al diablo! ¡Cuánto me pesa haber venido! Por más esfuerzos que hizo Levin después para calmar a su hermano, Nikolái no quiso escucharle. Decía que era mucho mejor que se separaran. Y Konstantín se dio cuenta de que a su hermano la vida se le había vuelto insoportable. Nikolái ya se aprestaba a marcharse cuando Levin entró de nuevo en su habitación y, con un tono muy poco natural, le pidió que le perdonara si le había ofendido. — ¡Ah, qué magnanimidad! —exclamó Nikolái, sonriendo—. Si lo que quieres es tener razón, puedo concederte ese placer. Tienes razón. Pero, de todas formas, me voy. Justo antes de la partida, Nikolái besó a su hermano y le dijo de pronto con una extraña seriedad, mirándole a los ojos: — ¡En cualquier caso, Kostia, no me guardes rencor! —Y la voz le tembló. Fue el único comentario sincero que salió de sus labios. Levin comprendió que por debajo de esas palabras se sobreentendían otras: «Como ves, estoy en las últimas; puede que no nos volvamos a ver». Y se le saltaron las lágrimas. Volvió a besar a su hermano, pero no encontró nada que decirle y guardó silencio. Tres días después de la marcha de su hermano, Levin partió para el extranjero. En la estación de ferrocarril se topó con Scherbatski, primo de Kitty, que se sorprendió mucho del aspecto sombrío de Levin. — ¿Qué te pasa? —le preguntó. —Nada. En este mundo hay pocas alegrías. — ¿Eso crees? Pues olvídate de Mulhouse y vente conmigo a París. ¡Ya verás si hay alegrías o no! —No, todo ha terminado para mí. Ya es hora de morir. — ¡Vaya cosas que dices! —exclamó Scherbatski, riendo—. Pues yo no he hecho más que empezar. —Sí, lo mismo pensaba yo hace poco, pero ahora sé que moriré pronto. Levin exponía con total sinceridad las ideas que le habían ocupado en los últimos tiempos. Mirara lo que mirara, no veía más que un anuncio de la muerte o la muerte misma. Pero la obra que había emprendido absorbía cada vez más su atención. En algo tenía que ocupar el tiempo hasta que llegara la muerte. A su alrededor todo era tinieblas; pero esa misma oscuridad le indicaba que el único hilo conductor era su proyecto, y a él se aferraba y se agarraba con las fuerzas que le quedaban. (*indiana university hospital indianapolis gift shop*).

0321 32 Tercera Parte Cap Tulos Xxi Al Xxii Anna Kar Nina

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>